
BOLSILIBROS
Selección
TERROR
MUÑECOS DIABÓLICOS
JOE MOGAR

El rostro que tenía delante era una visión de pesadilla. Trató de gritar pero no pudo. Inmóvil, muda de horror, completamente aterrorizada, incapaz de moverse, sujeta al lecho por una fuerza muy superior a la suya, vio cómo el muñeco saltaba sobre el lecho, cómo se acercaba a uno de sus pechos desnudos y luego cómo saltaba sobre ella.

Notó muy cerca de su garganta los suaves pies de trapo y entonces soltó un ligero y bronco gemido mientras que el muñeco daba un par de pasos más y levantaba uno de sus brazos.

El derecho.

Frente a los ojos llenos de horror de Sandra brilló el agudo y fino estilete y ahora sí pudo gritar.

Con un grito alucinante, que se quebró de pronto para transformarse en un ronco estertor, en un gorgoteo que también cesó con una convulsión cuando el muñeco, representando la figura de un negro, con saña diabólica, levantó una y otra vez el brazo y el agudo y fino estilete entró y entró en el cuello de cisne de la muchacha.

Más tarde, como si se hubiera cansado de su brutal juego, el muñeco dejó de ensañarse con el cadáver, limpió el estilete con la sábana, dio media vuelta, saltó de la cama al suelo, rodó por el pavimento dando unas cuantas vueltas y avanzó hacia la abierta ventana.

Trepó sobre el alféizar, saltó al exterior, sobre la escalerilla de emergencia, empezó también a saltar, de escalón en escalón, hacia la calle que ciento o ciento cincuenta yardas más abajo aparecía casi desierta.



Joe Mogar

Muñecos diabólicos

Bolsilibros: Selección Terror - 27

ePub r1.0
liete 16.12.14

Título original: *Muñecos diabólicos*
Joe Mogar, 1973
Digitalización: xico_weno

Editor digital: liete
ePub base r1.2




SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

El muñeco, un negro, le fascinaba; la aterrorizaba también.

Sus ojos, grandes, de iris redondos y blancos, inmóviles, de pupilas negras, como su piel si fuera humano, la mantenían inmóvil frente a él, contemplándole fijamente, con los pechos agitados, preguntándose inconscientemente qué maligno poder la había empujado horas antes, a media tarde, a adquirirlo de aquel sucio almacén de juguetes en pleno Chinatown.

Había sido algo como si una fuerza muy superior la empujara hacia el muñeco, vestido con un sencillo taparrabos y nada más. Entre todos, entre la variedad que existía, fue a escoger aquél, que no deseaba, que la imponía, pero no tuvo más remedio que tomarlo, mientras que a su lado, la vieja Marlowe le mostraba sus desdentadas encías en una sonrisa, en una charla de propaganda, semi incoherente, que apenas si entendió, pero ¿que la obligó a…?

Bueno, fuera lo que fuese, el muñeco estaba allí, frente a sus ojos, sobre el tocador, entre los frascos de cosméticos y perfumes, mientras que empezaba a desnudarse con ánimo de irse a dormir; mientras que le miraba, siendo observada a su vez por aquellos ojos, carentes de expresión, inmóviles, de cera, tal vez de plástico o cristal.

Involuntariamente alargó la mano y con uno de sus dedos trató de tocar el ojo, pero se inmovilizó, también como si una extraña fuerza le impidiera terminar con el movimiento.

Luego, de un modo repentino, uno de los ojos del pequeño negro de trapo, concretamente el izquierdo, se dilató de un modo asombroso, y se cerró, en un guiño burlón.

Sandra Tichey ahogó un grito y con las manos sobre los senos retrocedió un paso, luego otro, y al fin se detuvo, con los ojos agrandados en los cuales brillaba algo de miedo, de asombro tal vez.

La expresión del negro no cambiaba, seguía observándola fijamente, con sus inmóviles ojos de blancas pupilas…

Sacudió la cabeza pasándose una mano por la frente.

Tenía miedo de un simple muñeco de trapo.

Le volvió la espalda, terminó de desnudarse y sin mirarle avanzó hacia la cama.

Sí, al día siguiente lo lanzaría al cubo de la basura.

¿Al día siguiente? ¿Y por qué no en aquel mismo momento?

Se volvió a mirarle.

El movimiento que el muñeco efectuaba en aquel momento se cortó en seco. Con las manos a la espalda, su taparrabos rojo, se mantenía junto a un tarro de crema para la cara.

Sandra frunció el ceño en tanto que su frente se perlaba de sudor.

Estaba loca… porque juraría que el muñeco se había movido. Poco, quizá una pulgada o menos, pero lo había hecho.

Se acercó.

Sus manos temblaban cuando las alargó hacia el juguete.

—¡Maldito seas, negro! —exclamó entre dientes—. Estás… jugando conmigo.

Y se echó a reír ante sus propias palabras, ante el sonido de su propia voz.

En un arranque lo tomó con la derecha, dio media vuelta y abandonó el dormitorio.

Un par de minutos más tarde, Sandra se encontraba en la cocina. Una vez allí destapó el cubo de la basura y lo lanzó dentro, de cualquier manera.

El muñeco negro lanzó un gemido, pero ella no lo oyó. Había dejado caer la tapa y avanzaba ahora hacia su dormitorio.

Se acercó a la cama, se dejó caer sobre la misma, y miró a su alrededor, hasta que sus ojos, grandes y hermosos, se clavaron con insistencia en su elegante tocador de soltera, y se estremeció.

—Maldito muñeco negro —susurró en un monólogo apenas audible—. Ha conseguido ponerme nerviosa.

Alargó la mano hacia el interruptor de la luz de la mesita de noche, dudó unos cuantos segundos y con un nuevo estremecimiento en su piel suave y morena desistió de ello.

Aquella noche le iba a ser completamente imposible dormir.

—Maldito muñeco de trapo.

Con movimiento nervioso, Sandra saltó del lecho al suelo y fue a la pequeña biblioteca que había instalado en la sala de estar de su pequeño pero elegante apartamento y tomó un libro al azar.

En el cubo de la basura, el negro de trapo se movía…

De nuevo en su dormitorio, Sandra tomó el libro, lo abrió por una página cualquiera y empezó a leer.

Nunca supo cuánto tiempo estuvo con los ojos fijos en las páginas, casi sin enterarse, hasta que dormida ya, empezó a soñar:

Desdentadas encías, rostro feo, casi horrible, surcado de arrugas, nariz ganchuda y mentón picudo, dándole todo el aspecto de una maligna ave de presa. A su lado, frente a ella, *mistress* Marlowe, la vieja Marlowe de los muñecos de trapo del Chinatown estaba allí, riéndose de ella, burlándose, bailando entre llamas, humo que se deslizaba por su garganta, formando anillas en torno a su no menos arrugado y viejo cuello; anillos con cabezas de serpiente.

Sobre el lecho, Sandra empezó a gemir, con el bello y desnudo cuerpo cubierto de transpiración mientras que las horribles manos de la vieja, rematadas en largas y curvas uñas, se iban acercando poco a poco a sus ojos.

La tocaba ya, las uñas empezaban a clavarse en su carne y dentro de unos segundos sus cuencas quedarían vacías.

Sandra trató de evitarlo, luchó por aferrar aquellas sarmentosas muñecas, pero no podía moverse.

Gritó…, con un grito horripilante, lleno de angustia, y se sentó en la cama, mirando a su alrededor, dilatados los ojos por el espanto, por la tremenda pesadilla que había vivido en aquellos minutos desde que se quedó dormida hasta el momento presente.

A su lado, el libro caído le mostraba las cubiertas.

Sandra volvió a pasarse las manos por la frente y por el rostro, en tanto que poco a poco el miedo iba desapareciendo de su rostro.

Suspiró.

Vaciló un poco, lanzó una nueva mirada a su alrededor y una vez más tomó el libro, abriéndolo al azar. Tenía que hacerlo, tenía que tratar por todos los medios de no dormirse aquella noche…, o tal vez la maldita vieja del Chinatown se presentara por segunda vez en sus sueños.

Muy cerca, en la misma puerta de la habitación, oculto por el

respaldo de la cama, el negro avanzaba hacia ella con pasos suaves, de terciopelo.

—Te mataré, querida… Te mataré ahora… Debe ser así…

Llegó a la pata de la cama, la rodeó, y continuó su inexorable marcha hacia la mesita de noche.

En el lecho, tendida de lado, Sandra trataba de centrar su atención en las letras que tenía delante de los ojos, pero no podía.

El muñeco negro empezó a trepar por la pata…

Alcanzó la mesita de noche, y sobre la misma se detuvo, mirándola, con sus ojos ahora agrandados, dilatados, mostrando los blancos dientes, en una mueca sarcásticamente infernal.

Y se rió.

Sandra soltó el libro y miró.

El rostro que tenía delante era una visión de pesadilla. Trató de gritar pero no pudo. Inmóvil, muda de horror, completamente aterrorizada, incapaz de moverse, sujeta al lecho por una fuerza muy superior a la suya, vio cómo el muñeco saltaba sobre el lecho, cómo se acercaba a uno de sus pechos desnudos y luego cómo saltaba sobre ella.

Notó muy cerca de su garganta los suaves pies de trapo y entonces soltó un ligero y bronco gemido mientras que el muñeco daba un par de pasos más y levantaba uno de sus brazos.

El derecho.

Frente a los ojos llenos de horror de Sandra brilló el agudo y fino estilete y ahora sí pudo gritar.

Con un grito alucinante, que se quebró de pronto para transformarse en un ronco estertor, en un gorgoteo que también cesó con una convulsión cuando el muñeco, representando la figura de un negro, con saña diabólica, levantó una y otra vez el brazo y el agudo y fino estilete entró y entró en el cuello de cisne de la muchacha.

Más tarde, como si se hubiera cansado de su brutal juego, el muñeco dejó de ensañarse con el cadáver, limpió el estilete con la sábana, dio media vuelta, saltó de la cama al suelo, rodó por el pavimento dando unas cuantas vueltas y avanzó hacia la abierta ventana.

Trepó sobre el alféizar, saltó al exterior, sobre la escalerilla de emergencia, empezó también a saltar, de escalón en escalón, hacia

la calle que ciento o ciento cincuenta yardas más abajo aparecía casi desierta.

Un escalón, otro, un rellano, otro más, y otro…, hasta que perdió pie y con un gemido casi humano se precipitó al vacío.

Su pequeño cuerpo de trapo se estrelló contra la acera, dio un par de vueltas o tres y quedó allí, boca abajo.

Pasó un minuto, quizá dos, y de nuevo empezó a moverse tratando de ponerse en pie.

Unos segundos después lo conseguía, tambaleándose, con el torso negro, brillante ahora de sangre, de la sangre de la muchacha que acababa de asesinar.

Avanzó hacia el filo de la acera, allí se detuvo, ladeó su cabeza y sus ojos negros, sin expresión, escudriñaron la calle en ambos sentidos, vaciló un poco y finalmente saltó al asfalto y empezó a cruzar al otro lado.

Mediaba el camino cuando el coche, viniendo de una de las bocacalles adyacentes, se le echó encima.

Hubo un chirrido de frenos, el roce de las cubiertas sobre aquel mismo asfalto, y Richard Donovan detuvo el coche casi en seco.

—¿Qué ha sido eso?

Ladeó la cabeza para mirarla.

—Un gato.

La muchacha que iba a su lado hizo una mueca de asco.

—¿Lo has matado?

—Sí, creo que sí.

Hizo ademán de abrir la portezuela pero ella le sujetó el brazo.

—¿Sí…?

—Vámonos, Richard, se está haciendo tarde.

Le dedicó una sonrisa.

—Nos iremos ahora mismo, muchacha —repuso—. Pero antes quiero saber qué fue lo que pasó ahí debajo.

Jessica Randall no contestó, se limitó a hacer una mueca de desagrado, y Donovan abrió la portezuela y saltó fuera del coche.

Unos segundos más tarde vio al muñeco, destrozado sobre el asfalto, su cuerpo relleno de serrín desparramado bajo una de las ruedas delanteras, y se inclinó llevando un gesto de asombro en el semblante.

Fue entonces cuando vio el estilete.

De medio palmo de largo, y tan fino como una aguja de hacer media.

Donovan se inclinó más y lo recogió.

—¿Qué fue lo que ocurrió, Richard?

La voz de la muchacha le hizo volver a la realidad del momento.

—No lo sé, Jessica —respondió, tomando del suelo los trozos del muñeco de trapo, trozos manchados de sangre—. ¿Qué te parece esto, muchacha?

Se acercó a la portezuela y se lo mostró.

Jessica alargó la mano, y luego se inmovilizó.

—Es…, es un muñeco, Richard… —susurró—. Un muñeco… ¿Qué es ese líquido…?

Se interrumpió.

Líquido pegajoso, rojo… ¡sangre!

—Parece…, parece sangre, ¿no?

La muchacha palideció mientras él, sin soltar los trozos de trapo, cerraba la portezuela.

—Sí, creo que sí.

—Y… ¿de dónde? —hizo una ligera pausa y continuó preguntando—: Tú…, tú lo viste lo mismo que yo.

Se miraron los dos, a los ojos, Donovan aún con los trozos de tela y serrín entre los dedos, y el estilete, agudo, con doble filo.

—Sí, claro, vino corriendo de allí, de la acera y creí… ¡Cristo! Hubiera jurado que era un gato, Jessica.

Los ojos grandes, rasgados y negros de la muchacha se fijaron en los suyos.

—Tal vez fueron o fue una ilusión de nuestros sentidos, Richard.

—¿De los dos al mismo tiempo? ¡Cuernos, si sólo he tomado un par de *whiskys*, querida!

—Y yo también.

—En ese caso…

—Tíralo fuera, Richard. Por favor, tíralo. Estoy…, estoy a punto de descomponerme.

Era verdad, su pálido y bello rostro empezaba a tomar el color de la tierra y tras una ligera vacilación, Donovan lanzó los trozos del muñeco por la ventanilla, puso el coche en marcha y empezó a conducir hacia el apartamento de la muchacha.

En el fondo del coche, sin que ninguno de los dos se hubiera

dado cuenta del hecho, quedaba el estilete y varias motas de serrín y alguna que otra brizna de paja.

CAPÍTULO II

Aún continuaba pálida, aunque no tanto, cuando se detuvieron frente a la puerta que daba acceso al apartamento.

Se miraron a los ojos, como hacían siempre que estaban juntos, hasta que Donovan rompió el silencio.

—¿Sabes una cosa, Jessica? —preguntó.

En otro momento los ojos de la muchacha se hubieran mostrado regocijados, al adivinar lo que vendría después, pero ahora no lo hizo.

—¿Y es…?

—Bueno, me gustaría entrar ahí.

—¿Conmigo…?

Rostro impasible, aún pálido; ojos que nada le decían.

—Por supuesto que sí, querida.

Y se sorprendió cuando ella dijo, volviéndole la espalda para a continuación introducir la llave en la cerradura.

—Entra, Richard.

Lo hizo, detrás de ella, que cerró a su espalda, con doble vuelta de llave y corriendo los cerrojos.

—Por aquí.

Continuó detrás, con los ojos fijos en sus piernas cubiertas por las medias color carne, y que la cortísima minifalda dejaba al descubierto desde mucho más arriba de medio muslo.

Era hermosa, rubia, y muy joven.

Diecinueve años.

¿La amaba? ¿Y ella a él?

Para Donovan ninguna de aquellas dos preguntas tenía respuesta. No por el momento.

El *living*.

—Siéntate, querido.

La miró, negó con la cabeza y dijo:

—Es mejor que lo hagas tú, Jessica…, y me digas dónde tienes los chismes para beber. Apuesto doble contra sencillo a que te está haciendo falta un buen trago.

Ella le dedicó una pálida sonrisa.

—¿A ti no?

Donovan le devolvió la sonrisa.

—¿Asustada?

Jessica repitió:

—¿Y tú no?

Donovan se echó a reír, francamente ahora.

—Bueno —dijo—, ¿dónde tienes las bebidas?

Jessica le señaló el lugar, Donovan preparó dos *whiskys* y con los vasos en la mano regresó a su lado.

Los ojos negros, todavía asustados, le asaetaron desde el sillón donde se había sentado.

La combinación era negra pero Donovan no se fijó en aquello.

—Estás temblando —comentó alargándole uno de los vasos, que la muchacha tomó.

—Siéntate, Richard —pidió un segundo antes de llevárselo a la boca para beber.

Lo hizo frente a ella, la imitó, casi hasta mediar el vaso, y al soltarlo sobre la mesita que había entre los dos, comentó:

—Daría cualquier cosa por saber…

Ella se estremeció, y Donovan se interrumpió, sin dejar de mirarla.

—Era sangre, Richard… Un muñeco de trapo, representando a un negro casi desnudo, cubierto de sangre, con un estilete. Y le vi correr, cruzando la calle. ¡Dime que no estoy loca, Richard! —casi gritó—. ¡Dime que tú también le viste!

Donovan movió la cabeza dubitativo.

—Quizá no fue así, Jessica. Tal vez… una sombra cualquiera y debido a una ilusión óptica, nos hizo ver algo que sólo existía en nuestra imaginación. El resto es fácil de explicar. Me eché encima de ese muñeco y… bueno, lo atropellé convirtiéndolo en polvo y serrín, con una poca de paja por complemento.

—¿Estás seguro de lo que dices, o tratas de tranquilizarme?

—¡Jessica!

—¿Y no es así? Yo…, yo le vi correr, y tú también. Y tenía

sangre en… Estaba completamente empapado, Richard. ¿O es que fue una ilusión de mis sentidos?

Durante unos segundos, Donovan no contestó.

Cuando lo hizo había terminado con el *whisky*.

—Vimos algo, eso desde luego, muchacha…, y también sangre, si es que en realidad lo era.

Jessica se puso en pie de un salto.

—¿Me vas a decir que…?

—No voy a decirte nada, Jessica, hasta que no sepamos más. Esto es algo que…, que… Oye, no pretenderás que vaya a la policía con una historia como ésta, ¿verdad?

Jessica abrió mucho los ojos y se dejó caer de nuevo en el sillón.

—Cierto que no —dijo—, pero tengo miedo. Un… negrito de bazar, destrozado bajo las ruedas de tu coche, un estilete… y trozos de trapo cubiertos de sangre. ¿De quién era esa sangre, Richard?

Donovan se encogió de hombros.

—Alguien tuvo que lanzarlo desde una de aquellas ventanas —dijo—. Eso explica claramente el que nos pareciera que corría para cruzar la calle.

—Sí, tal vez.

Se puso en pie.

Donovan la imitó sabiendo que era una despedida, pero se equivocaba de medio a medio.

—Richard.

—¿Sí…?

—Quiero…, quiero… Bueno, no tienes necesidad de irte, ¿comprendes?

No, no lo entendía, pero no la contradijo, ni siquiera pronunció palabra alguna; se limitó a dar un paso hacia ella y con un ligero grito, Jessica se echó en sus brazos.

* * *

Se pasó la mano por la frente, y miró la calle a través de la cristalera de la puerta del bar donde se encontraba.

Estaba pensando, no en los brazos de Richard Donovan, su amante de una noche; ni siquiera lo hacía en las parejas que se

arrullaban en las mesas.

Se diría que ni siquiera las veía, lo que era una realidad.

Tampoco pensaba en la policía, ni en el horripilante espectáculo de la noche anterior, con un muñeco de bazar barato, de uno de esos bazares del Chinatown o de otro lugar cualquiera… en los barrios extremos de la gran urbe.

Pensaba en *madame* Denise, y en que ella era una de sus modelos favoritas, con sueldo exorbitante, y en que por una causa u otra, aquella mañana no se había presentado al trabajo, y eso que sabía positivamente que *madame* presentaba un desfile de modelos, más o menos ataviadas…, con más o menos elegancia, con más o menos ropa.

Pensaba, sí, hasta que de sus pensamientos la sacó la voz de Phil Lassiter el *barman*:

—Se le está enfriando el café, *miss* Randall.

Era verdad, por lo que ladeó el rostro para mirarla.

—Gracias.

Tomó la taza y empezó a beber lentamente.

Casi terminaba cuando vio el periódico, a su lado, y con gesto instintivo alargó el brazo y lo tomó. Pero Jessica no lo abrió hasta terminar con el café, y allí estaba, en primera plana.

Los grandes titulares en negro saltaron a sus ojos y por unos instantes los desorbitó mientras que una palidez cerúlea se extendió por su rostro, el cuello, para terminar allí donde los senos redondos y firmes nacían.

Una habitación; la fotografía de una habitación, un lecho, y una mujer muerta. Una mujer llamada Sandra Tichey.

En resumen, había muerto brutalmente asesinada con un instrumento punzante sin que hasta ahora el médico forense hubiera podido dictaminar con exactitud de qué se trataba.

¿La policía…?

Jessica desechó el pensamiento tan pronto como éste saltó a su mente, pensando acertadamente que una noticia como la suya, como la que sabía o creía saber, sólo serviría para que se burlaran de ella en el mejor de los casos, o la mandaran directamente y a la fuerza al psiquiatra.

Miró a su alrededor.

Nadie se fijaba en ella.

Nadie parecía darse cuenta de que estaba temblando y de que tenía el rostro cerúleo, y de que su mano derecha, que sostenía el periódico, estaba crispada en torno al papel, casi taladrándolo de parte a parte con sus nacaradas, largas y bien cuidadas uñas.

Jessica dejó de observar a las parejas, a la clientela del bar, desviando los ojos hacia una de las cabinas telefónicas. Vaciló un poco y finalmente saltó del taburete al suelo, tomó el auricular y marcó.

Durante unos segundos oyó la señal de llamada y luego descolgaron el auricular.

—Oficina de…

—Soy yo, Richard.

—¡Jessica! ¿Dónde diablos te metes? He estado llamándote casi toda la mañana, a casa de *madame* Denise y a tu apartamento y…

—Me fui a dar un paseo tan pronto como saliste tú, Richard.

—¿Sí…? ¿Adónde fuiste…?

—¡Richard!

—¿Sí?

—Está aquí, en primera plana.

Al otro lado de la línea hubo un pequeño lapsus de silencio.

—¿Qué es lo que está en primera plana, muchacha?

—El crimen… de ese muñeco, Richard.

—¡Pero qué diablos…!

—Escucha, querido, estoy en el bar que hay al lado de mi casa, ¿entiendes? Ven, y te lo explicaré todo.

—¿Por qué no en tu apartamento?

Jessica forzó una sonrisa.

—Es eso lo que quieres, ¿verdad?

—Sí, así es.

—Te estaré esperando. No tardes, querido.

—Dame veinte minutos, Jessica.

Cortó la comunicación y ella, andando despaciosamente, fue al mostrador, abonó el café y a continuación abandonó el bar.

Seis o siete minutos más tarde se encontraba tendida en el sofá con un vaso de *whisky* en las manos y un periódico a su lado, que compró en la calle, pues no deseó llevarse el del bar.

El sonido del zumbador de la puerta la sorprendió cuando estaba mirando a su alrededor, como buscando algo inexistente, pero que

por contraste debía estar en el interior del apartamento.

Jessica se desperezó sobre el sofá, se puso en pie y fue hacia la puerta.

Abrió.

—Pasa, no te quedes ahí.

Estaba nerviosa, muy nerviosa; aquello era obvio para Donovan que cruzó el umbral sin besarla y sin pronunciar una sola palabra, yendo directamente al *living*, llevándola detrás.

—Siéntate, ¿quieres?

Donovan lo hizo en uno de los sillones y ella agregó tan pronto como lo hubo hecho:

—¿Te preparo algo para beber?

—*Whisky*.

Le dejó solo, para regresar a los pocos minutos trayendo dos altos vasos más que mediados de licor y con un par de cubitos de hielo cada uno.

Le entregó uno de los vasos, bebió un poco, se sentó frente a él y dijo sin preámbulo alguno:

—Antes de que me olvide, Richard, cuando salgas, pídeme una llave del apartamento.

—Jessi…

—¡Pídeme esa llave, querido, o lo nuestro terminará casi al instante de haber empezado.

—¿Asustada…?

Ella se estremeció y sus ojos, como obrando de modo independiente a los dictados de su cerebro, fueron al periódico que había junto a ella.

Donovan siguió su mirada y preguntó:

—¿Viene ahí eso que me…?

—Léelo tú mismo. Está en primera plana.

Donovan tomó el diario, lo abrió y empezó a leer.

Cuando la miró, los ojos negros y obsesionantes de Jessica estaban fijos en los suyos.

—Esto no prueba nada, Jessica.

—¿No…?

—Claro que no. No me irás a decir que la asesinó ese muñeco negro, ¿verdad?

—No. Por supuesto que no, pero… Está relacionado de un modo

u otro, Richard. Es… la misma calle donde le aplastaste con el coche. Nosotros vimos el estilete y… tú lo tenías, ¿no? ¿O también lo tiraste por la ventanilla?

Donovan frunció el ceño, tratando de recordar.

—Si te digo la verdad, Jessica, no sé lo que hice con él. Desde luego, en el interior de mi coche no está.

Ella lanzó un suspiro.

—Me alegro por ti —dijo—. Por nosotros.

—¿Por qué?

—¿Qué le contarías a la policía si te lo encontraran en las manos… y luego trataran de comprobarlo con las heridas de… de… esa mujer?

Donovan no respondió por lo que guardaron silencio, que aprovecharon para beber.

CAPÍTULO III

Hasta que Donovan lo rompió con una pregunta:

—¿Sabes lo que estoy pensando?

—No, claro que no.

—Es sencillo; que te empolves la nariz, te dejes esa minifalda, y vengas conmigo a la calle a lucir esas piernas.

—¿Te gustan?

—No están mal…, y por eso voy a invitarte a comer, si me prometes una cosa.

—¿Y es…?

—Que te olvides de todo esto, ¿comprendes? Es cosa de la policía y de nadie más.

—De acuerdo, querido, espérame.

Le dejó solo para ir a su dormitorio.

Cuando regresó a su lado había hecho exactamente lo que él le pidió; empolvarse la nariz.

Salieron muy juntos, rozándose, pero sin tocarse, y utilizaron el ascensor para descender hasta la planta baja, y de ahí a la calle.

* * *

Tenía miedo.

Aquélla era la verdad lisa y llana. De nada habían servido las horas pasadas en compañía de Richard Donovan, de nada la cena en casa de Stella Wolf y su marido.

Ahora, frente a la puerta de su apartamento, con el bolso de rafia abierto y la llave en la mano, Jessica se daba cuenta de aquello.

El atropello de la noche antes, si es que se podía definir así, el destrozado muñeco de trapo bajo las ruedas del coche de Donovan,

estaba en sus retinas, en el interior de su mente, con más fuerza que nunca.

Por fin se decidió y con mano que temblaba introdujo la llave en la cerradura y abrió la puerta. Tanteó junto al marco hasta dar con el interruptor de la luz que encendió, y al hacerlo los grandes titulares del periódico saltaron a sus ojos exactamente como si los tuviera delante, con tal intensidad que los cerró por unos instantes.

Cuando los abrió al cabo de unos segundos, la imagen se había borrado, por lo que cerró la puerta a su espalda y avanzó hacia el *living*.

Fuera, en el pasillo, los ojos fríos, verdes, de felino, de pantera, estuvieron observando la puerta, también por unos segundos, y luego la muchacha, muy joven, de soberana belleza, avanzó unos pasos y se acercó.

Durante un breve espacio de tiempo estuvo contemplando la hoja de madera y luego, con dedos suaves como el terciopelo tanteó la cerradura y la puerta se abrió sin un solo roce, sin un solo rumor, pero no entró.

Se limitó a inclinarse hacia el suelo y junto a la pared del pasillo dejar con cuidado, con sumo cuidado, la caja de cartón que llevaba.

Hecho esto cerró del mismo modo y retrocedió por el pasillo hacia una de las ventanas. Unos instantes después saltaba hacia el exterior, sobre la escalerilla de emergencia, para descender a continuación hasta la calle. Una vez allí, la muchacha miró a su alrededor con sus luminosos y helados ojos de felino y se acercó al largo y negro coche que había aparcado diez o doce yardas más allá.

Subió.

Poco más tarde se perdía a buena marcha por entre el intenso tráfico de aquella hora.

En el centro del *living*, Jessica miró a su alrededor.

Nadie; el silencio en el interior de su apartamento era absoluto, intenso.

Dio un paso, dos, incluso tres, y abrió la puerta de acceso a su dormitorio.

No había nadie.

—Me estoy comportando como una tonta —monologó.

Y entonces, en violento contraste con sus propias palabras se

acercó al lecho, se inclinó y miró debajo.

Un poco de polvo, eso era todo. Tendría que quitarlo al día siguiente.

Se irguió, regresó al living donde se preparó un *whisky*, y con el vaso en la mano se acercó al teléfono.

Debió… sí, debió pedirle a Richard que la acompañara, que se quedara allí, con ella, como la noche anterior…, pero aquello todavía podría tener solución.

Se acercó pues, al teléfono, soltó el vaso sobre la mesita, tomó el auricular y marcó.

—¿Sí…? ¿Dígame…?

—¿Richard…?

Fuera, en el pasillo, la tapa de cartón de la caja cayó a un lado.

—¡Jessica! ¿Te ocurre algo?

Le gustaba aquella voz, el tono de las palabras que pronunciaba, que denotaban claramente que se sentía preocupado por ella. Sí, tal vez la amara, y aquello resultaba agradable.

Se sentía protegida.

Sí, aquélla era la verdad, protegida por él…

—No, nada —respondió—, pero… Bueno, estoy nerviosa.

—¿Asustada?

—Sí, un poco.

Hubo unos segundos de silencio al otro lado del hilo hasta que finalmente Donovan formuló la pregunta que ella esperaba:

—¿Quieres que vaya?

Un brazo, luego otro, y el muñeco, vestido con uniforme de piloto de aviación, saltó al suelo del interior de la caja. Allí se movió de un lado para otro, se bamboleó un poco, y se acercó a la caja que acababa de abandonar.

En el fondo, su compañera, la muñeca de cabello de fuego, de grandes ojos verdes, felinos, casi inhumanos, permaneció inmóvil y el piloto hizo un gesto y su rostro se descompuso en una mueca diabólica.

Luego alargó la mano y la prendió por uno de los brazos. En el interior de la caja, la muñeca se debatió, se resistió, y finalmente el muñeco saltó dentro y empezó a golpearla.

Sencillamente estaban en desacuerdo.

En el *living*, justo en aquel momento, Jessica replicó:

—Estoy impaciente, Richard, ¿sabes? Y…, y esperándote. ¿Tardarás mucho?

Su voz tomó tonalidades cálidas cuando formuló la pregunta, y Donovan sonrió al otro extremo de la línea.

Consultó el reloj.

—Prepárame un *whisky*, muchacha —dijo en tono jovial—. Estaré ahí dentro de media hora.

—Te estaré es…

Fue en aquel momento cuando miró la puerta que daba acceso al pasillo, puerta que se abría silenciosamente, y se interrumpió en seco.

—Jessica… ¡Jessica!

No contestó, no podía.

—Jessica. ¿Qué es lo que ocurre? ¡Jessica!

Lentamente, con los ojos desorbitados, aterrorizados, incapaz de moverse, envarada completamente, Jessica vio cómo la puerta terminaba de abrirse, y al muñeco en el suelo.

Avanzando hacia ella, con su rostro diabólico bajo la gorra de uniforme de piloto, sus desdentadas encías, al rostro arrugado, las manos de uñas largas y afiladas, y entre aquéllas, en la derecha, el fino estilete que lanzaba reflejos a la luz de la lámpara del living.

—Jessica… ¡Jessica…!

Suave, sin un rumor, paso a paso, riendo silenciosamente, pero con risa que ella oía, babeante, pasándose la reseca lengua por los arrugados e incoloros labios…

Cerca, muy cerca, cada vez más cerca…

—Jessica… ¿Pero qué diablos ocurre…?

Fue entonces cuando su inmovilidad de esfinge se rompió y cuando la tenaza que había en su garganta saltó en mil pedazos distintos, y entonces gritó:

—¡No…! ¡Eso no! ¡Nooooo…!

Soltó el auricular, se volvió de espaldas y corrió hacia la puerta de su dormitorio y la risa diabólica del muñeco la persiguió hasta allí, justo en el momento en que se volvía hacia ella, enfrentándola, y empezaba a andar, inexorable, visión de ultratumba, del Más Allá, tras sus pasos.

Los pies de Jessica se enredaron en la alfombra y cayó de cara.

Su cabeza chocó contra el marco de la puerta y notó cómo sus

fuerzas disminuían rápidamente mientras que una neblina blanca se espesaba ante sus ojos.

En aquel momento el piloto saltó sobre ella y su brazo armado se levantó, buscando el lugar adecuado para golpear su pecho izquierdo; pero el brazo no descendió pues tras suyo, la muñeca pelirroja, con uniforme de azafata, a su vez saltó sobre él.

Por espacio de más de quince segundos lucharon entre sí. El muñeco tratando de clavar el estilete sobre su cuerpo de trapo, relleno de serrín y paja, hasta que ante los desorbitados ojos de Jessica rodaron por el suelo, fuera ya de sobre su cuerpo, yendo a parar estrechamente abrazados al centro de la puerta y desde allí al *living*.

Volvieron a rodar, sin deshacer el abrazo, unos segundos más, y de pronto creyó ver cómo ella, la muñeca, arrebataba el estilete al muñeco que se apartó de sus brazos con el rostro arrugado, lleno de terror humano y empezaba a retroceder, paso a paso, en tanto que la pelirroja azafata se ponía en pie e iba detrás, moviendo el brazo armado en uno y otro sentido.

El muñeco llegaba a la puerta cuando de un modo repentino se volvió dando la espalda y empezó a correr por el pasillo buscando la puerta de salida.

La azafata se detuvo.

Vaciló un poco y luego volvió su cuerpo de muñeca hacia Jessica, que con los ojos casi fuera de sus órbitas, los dientes entrechocando, vio su rostro de porcelana china, bello, hermoso, casi sobrenatural en su hermosura marfileña, y sus ojos.

Grandes, rasgados, inmóviles, pero con brillo de zafiro, refulgentes a la luz de la lámpara del techo; como de un modo repentino levantaba la mano armada y guardaba el estilete en el pecho.

Y mostrarle los dientes, blancos, tan perfectos como su rostro, y a continuación su risa burlona, alegre, como si se sintiera contenta de haber luchado contra su acompañante de aquella noche, salvando su vida.

Entonces se desmayó, y su cuerpo quedó allí, entre el dormitorio y el *living*, completamente inmóvil, y con los no menos bellos y grandes ojos cerrados.

La muñeca tardó varios segundos en moverse, y cuando lo hizo

fue para acercarse a ella. Se detuvo junto a su cintura, la miró, movió la cabeza de un lado para otro, se volvió de espaldas, miró asimismo el teléfono descolgado, y entonces corrió hacia el pasillo, abrió la puerta del apartamento, con sólo rozarla con los dedos y salió.

Allí, sin una sola vacilación, dio la espalda a la escalera principal y sin dejar de correr buscó la de servicio.

* * *

Abrió los ojos.

Por unos segundos en sus pupilas brilló el miedo, el abyecto terror experimentado, y de un salto se sentó sobre el lecho de su propio apartamento y gritó cuando notó sobre su cintura aquellos brazos.

Una mano le tapó la boca en tanto que otra trataba de sujetarla cuando trató de desprenderse mientras en sus oídos llegaba la voz de Donovan:

—Vamos, Jessica, muchacha… Soy yo, ¿comprendes? Richard, Jessica.

Poco a poco el miedo, el terror a lo desconocido fue desapareciendo de sus dilatadas pupilas, pero no dejó de temblar entre los brazos de Donovan.

—¿Más tranquila?

Ella sacudió la cabeza mientras que también, poco a poco, iba recobrando el color.

—Sí, un… poco —miró a su alrededor, como para desmentir sus propias palabras y preguntó de nuevo con los ojos fijos en Donovan—: ¿Qué fue lo que ocurrió, Richard?

Donovan la miró con sorpresa.

—Si tú no me lo dices… Bueno, te oí gritar por teléfono y vine tan pronto pude. Estabas ahí, en el suelo, sin conocimiento…, y creí…, creí que…, que…

Calló incapaz de continuar y Jessica terminó con la frase:

—Creíste que estaba muerta, ¿verdad?

Donovan hizo una mueca.

—Sí, así es —dijo—. Y ahora, quieres decirme…

—Los muñecos, Richard —se estremeció y de nuevo el más abyecto terror brilló en sus ojos cuando añadió—: Esos dos muñecos… luchando junto a mí. Fue…, fue horrible, Richard. Uno… trató de… de degollarme…

Con voz entrecortada, en tanto que Donovan la miraba pensativamente, un tanto incrédulo, un tanto pensativo, en tanto que la idea de lo ocurrido la noche anterior iba entrando poco a poco en su mente, le explicó todo lo ocurrido, para terminar diciendo:

—Supongo que me desmayé, ¿verdad?

—Sí, por lo menos eso es lo que creo —y añadió más para sí mismo que para ella—. Es…, es increíble de todo punto.

Jessica no respondió, le miraba, con el semblante completamente blanco, notando que empezaba a temblar.

—No me… crees, ¿verdad…?

—¿Quieres algo para beber?

Jessica se deslizó hasta el filo de la cama y saltó al suelo.

—Me está haciendo falta, Richard —dijo—. Anda, ven conmigo.

Alcanzó el *living*, luchando contra sus bellas y esbeltas piernas que parecían no querer sostenerla, cruzó al otro lado y fue a la ventana.

Miró fuera.

Abajo, en el exterior, los coches que circulaban en ambas direcciones eran cada vez más escasos.

Se estremeció sin poderlo evitar, y de modo maquinal se pasó la mano por la frente.

Era espantoso, una pesadilla, algo irreal, fruto, tal vez, de su calenturienta imaginación. Un sueño motivado por la escena del muñeco destrozado bajo las ruedas del coche del hombre que ya tenía todos los derechos sobre ella.

Se volvió en redondo y Donovan vio la pregunta en sus ojos mucho antes de que la formulara.

—¿Crees que soñé todo eso?

—Es posible.

Ella forzó una pálida sonrisa.

—Sí, pudo serlo…, lo que no explica cómo soñando, me puse en comunicación telefónica contigo.

Donovan no contestó.

No sabía qué decir ni lo qué pensar de todo aquello. Su mente, inteligente en extremo, se negaba a admitirlo a pesar de lo que vio la noche antes; a pesar del muñeco negro que tuvo entre sus manos, y el agudo estilete que desapareció sin que supiera cómo.

—Tu *whisky*, pequeña —dijo acercándose a ella. Hizo una pausa mientras que una idea saltaba a su mente y añadió—: Siéntate y espérame.

El rostro de Jessica tomó el color de la ceniza.

—No… —fue casi un grito—. No quiero que me dejes sola, Richard. Por favor, ¡no!

—No voy a hacer nada de eso. Simplemente —y pensaba en la caja de cartón con la que minutos antes, al entrar en el apartamento, tropezara— voy a mirar si cerré la puerta del apartamento.

Jessica se llevó el vaso a los labios y bebió un poco, luego se dejó caer en el sofá y esperó el regreso de Donovan.

CAPÍTULO IV

Vio la caja justo en el centro del pasillo, y la tapa un poco más allá, junto a la puerta del apartamento, y se inclinó para tomarla.

Donovan la miró por todos lados.

Una caja de cartón como otra cualquiera, sólo que más grande, casi el doble de una de zapatos, o algo más. Una etiqueta, el nombre, el apellido de una mujer, una tal *mistress* Marlowe y una dirección allá por el Chinatown.

Era un error.

Era algo inexplicable después de lo ocurrido que la etiqueta estuviera allí.

—¿Ocurre algo, Richard?

La voz de Jessica, viniendo del interior del apartamento, le sacó de sus pensamientos.

—No, nada —respondió, dando media vuelta para a continuación regresar al *living* con la caja en la mano.

Desde el sofá donde se sentaba, con una pierna sobre la otra, mostrándole los muslos completamente desnudos, Jessica agrandó los ojos cuando la vio.

—¿Qué…, qué es eso?

—Creí que me lo dirías tú. ¿Quién trajo esta…?

El movimiento casi imperceptible de los hombros de la muchacha le interrumpió:

—No lo sé, Richard —susurró, y él se dio cuenta de que continuaba asustada, y más que asustada, aterrorizada—. No he recibido un solo regalo de nadie desde hace meses. ¿Dónde la encontraste?

—En la puerta —la miró suspicaz y preguntó—: ¿La viste…?

—No estaba allí cuando yo entré aquí, Richard —le interrumpió —. De eso puedes estar seguro.

—Además de mí mismo, Jessica, ¿qué otra persona tiene llave

de este apartamento?

—Los porteros.

—¿Nadie más?

Jessica abrió mucho los ojos.

—¡Richard!

—¿Nadie más, muchacha? —repitió él.

Jessica denegó con la cabeza.

—Nadie más, a no ser yo misma…, y esa caja no estaba aquí cuando entré. Puedo jurarlo.

Sin responder, sin soltar la caja, Donovan tomó asiento frente a ella, en otro de los sillones.

—¿Qué crees que contenía, Jessica?

La respuesta era obvia.

—Esos…, esos horribles muñecos, querido. ¿Qué otra cosa si no? Pero ¿quién los trajo?

—Tal vez la portera o el portero vieron algo. Mañana a primera hora averiguaremos…

—Richard…

—¿Sí…?

—Tírala.

—¿Qué…?

—Destruye esa caja y tírala por la ventana a la calle. No la quiero ver ni en el cubo de la basura.

—Pero…

—Tírala, Richard —se puso en pie soltando el vaso sobre la mesita y se le acercó, añadiendo—: Por favor, queri…

Fue entonces cuando vio la etiqueta, lo mismo que anteriormente la viera Donovan, y se inclinó sobre la caja de cartón, pero no la tocó.

—¿Qué…, qué es eso? —inquirió.

Pero ya lo estaba leyendo.

—Una etiqueta de una casa de muñecos, y el nombre de una mujer.

—Destrúyela. ¡Ahora, Richard!

Le volvió la espalda y fue a sentarse sobre el mismo sillón que ocupara anteriormente mientras que Donovan se iba acercando a la ventana, arrancando pedazos de cartón.

Abrió la ventana y los lanzó a la calle; volvió a cerrarla y se

volvió a la inversa y entonces se acercó.

—¿Nerviosa…?

—Y asustada, Richard, querido.

Donovan la tomó por la cintura, con uno de sus brazos y con la otra mano el vaso de *whisky*.

Al ir a llevárselo a los labios ella susurró:

—Creo… que debes soltar eso, querido. Te estorbará para tomar a una chica, ¿no?

Donovan no respondió, pero soltó el vaso sobre la mesita y acto seguido la enfrentó.

Al día siguiente, mientras ella continuaba durmiendo, Donovan descendió a la planta baja.

El portero no vio a nadie, pero su esposa, la vieja Jane, sí vio a la mujer de los ojos verdes.

—Era muy hermosa y muy joven, pero hizo que un escalofrío recorriera mi piel cuando vi sus ojos —dijo—. Eran… verdes… y diabólicos. Eso es, diabólicos, y me asusté.

—¿Habló con ella?

—No. Ni mucho menos. Descendió por la escalera, como digo, me miró y se marchó. Eso es todo lo que puedo decirle.

Donovan no insistió, tampoco retrocedió para regresar al apartamento de Jessica, sino que fue a la calle, y de allí hasta el lugar donde la noche anterior dejara estacionado su coche.

Abandonó Clark Street y enfiló hacia el Norte para luego, dando un inmenso rodeo, pensando, haciendo tiempo porque aún no estaba seguro de lo que iba a hacer, encaminarse directamente hacia el Chinatown.

Por entre el dédalo de sucias, pestilentes y estrechas callejas condujo hasta muy cerca de la tienda de juguetes, o lo que fuera, de *mistress* Marlowe.

No sabía lo que iba a encontrar, ni siquiera si aquello existía o no en la realidad, ni siquiera si era fruto de la imaginación de Jessica y de la suya.

De ambas en conjunto.

Estacionó el coche, descendió, cerró las portezuelas con llave y avanzó paso a paso por la solitaria calle, con la mano muy cerca de la culata del revólver calibre 22 que la noche antes, por precaución, y luego del grito de Jessica, que escuchó claramente a través del

aparato telefónico, tomó de su propio apartamento.

Cinco, diez minutos, tal vez doce y entonces, frente a él, al otro lado de la calle, vio él letrero.

Sencillo, pero que a él se le antojó horrible a pesar de su sencillez.

MISTRESS MARLOWE – Muñecos

Nada más.

Donovan se detuvo, con mano nerviosa sacó el paquete de cigarrillos, se puso uno en la boca y le prendió fuego.

Vacilando sobre lo que tenía que hacer, fumó durante unos quince segundos, nerviosamente, y luego lanzó al suelo el cigarrillo y lo aplastó con el tacón del zapato.

Entonces saltó de la acera al suelo y empezó a cruzar al otro lado de la mal empedrada calleja.

Frente a la sucia puerta encristalada de entrada se detuvo, vaciló una vez más y empujó hacia dentro.

Cruzó el umbral.

Un antro.

Sucio, maloliente, apestoso, lleno de polvo, telarañas que colgaban de algunos rincones, un no menos sucio mostrador frente a él, y varias estanterías con muñecos.

Pocos, muy pocos; apenas un par de docenas, pero de distintas clases.

Un oficial piloto, y aquél…, sí, claro, aquél pudo ser el que la noche anterior…, pero aquello era una locura, algo que no cuadraba ni con su propio yo ni con su propio sentir.

Continuó mirando.

Un oficial de «marines», varios soldados más, un pequeño Napoleón de ojos malignos, y un par de negros con sus correspondientes negras, interpretando, al parecer, una horrible danza vudú.

Donovan se estremeció sin poderlo evitar.

—¿Desea comprar uno de mis muñecos, míster…?

La voz era cascada, de ultratumba, como si viniera del Más Allá, como si procediera de un muerto o de una persona de edad, de mucha edad.

Se volvió casi precipitadamente y la risa de ella le sobresaltó.

Entonces la vio.

De estatura mediana, encorvada bajo el peso inexorable de los años, moviéndose hacia él pesadamente, apoyándose en un nudoso bastón, de manos arrugadas, como su rostro de pergamino en el cual brillaban unos ojillos burlonamente malignos.

Una nariz ganchuda, un mentón agudo, como una ave de presa.

—¿Uno de mis muñecos, míster…?

—Sterling —repuso Donovan dando el nombre que primero se le vino a la mente. Señaló las estanterías y preguntó—: ¿Están todos aquí?

La vieja abrió la boca y sus desdentadas encías se le mostraron frente a los ojos, cuando empezó a reír.

—¡Nada de eso, míster Sterling! —exclamó—. Nada de eso. Están… en otros lugares… los unos. Los otros sufren un castigo.

Donovan abrió los ojos con asombro.

—Que sufren…

—¡Cierto que sí! Se muestran desobedientes, a veces, y hay…, hay que… Bueno, usted vino buscando uno de mis muñecos, ¿verdad?

Sin esperar respuesta, renqueante, golpeando monorrítmicamente el suelo con el bastón, *mistress* Marlowe pasó al otro lado del mostrador y con mano casi descarnada, de uñas desmesuradamente largas, señaló la estantería.

—¿Qué le parece ese capitán de marines, míster Sterling? —preguntó—. O quiere una de esas danzarinas vudú. Están desnudas y sus cuerpos son perfectos. Llévese una, regálela a una mujer… y ella… hará todo lo que usted le pida. Es…, es un regalo maravilloso, sólo por medio dólar. Barato, míster Sterling…

Donovan no la escuchaba. La miraba, y mirándola pensaba, hasta que se encontró frente a sus ojos, y supo entonces que ella había adivinado cuáles eran sus pensamientos del momento.

—Deme la muchacha negra —dijo señalando una cualquiera de las dos.

—¿Dentro de una caja?

—Sí, claro. No voy a llevarla en la mano.

La vieja se echó a reír.

—Espere aquí, pero no toque nada, míster Sterling —dijo,

volviéndole la espalda para casi en el acto desaparecer en la trastienda.

Fue muy poco lo que tuvo que esperar; apenas un minuto, cuando la oyó regresar.

Y tres más antes de que ella tomara la muñeca negra y la encerrara en la caja de cartón.

Le dio el medio dólar, y a continuación se encaminó hacia la calle, oyendo a su espalda la risa de ultratumba de *mistress* Marlowe.

En el interior del coche, Donovan dejó la caja a su lado, lanzándole una mirada de prevención, pero diciéndose al mismo tiempo que una vez en el interior de la tienda, se vio precisado a comprar la muñeca. Otra cosa… quizá hubiera puesto en guardia a la maldita vieja, si es que…, si es que…

Maldijo entre dientes en tanto que en sus retinas, al otro lado del cristal del parabrisas, el rostro horrible y arrugado de *mistress* Marlowe le observaba con satánica alegría.

Donovan cerró los ojos y maldijo de nuevo, notando cómo su frente se perlaba de sudor.

Los abrió; la imagen de *mistress* Marlowe ya no estaba en el parabrisas. ¿Ilusión de sus sentidos?

Sacudió la cabeza, dio el encendido, pisó el embrague… y condujo por División hasta Astor Place; hasta el número 1.105 de Astor Place.

CAPÍTULO V

Sabía lo que iba a ver tan pronto como abrieran la puerta, pero la realidad sobrepasó en un mucho todos sus cálculos, porque la combinación era rosa, de transparente nylon, y bajo aquélla el maravilloso cuerpo de *mistress* Stella Wolf brillaba con luz propia.

—¡Richard! —exclamó al verle, apartándose de la puerta—. Vamos, pasa y no te quedes ahí.

Donovan cruzó el umbral, ella cerró a su espalda y a continuación le prendió de un brazo y tiró de él hacia el interior del apartamento.

Una vez en el *living* le indicó que se sentara.

—¿Y John…?

Stella le miró con ojos chispeantes.

—Se marchó, querido. Dijo no sé qué sobre esta minicombinación y se fue. Al parecer no le gusta.

Donovan hizo ademán de ponerse en pie, pero ella le interrumpió con un gesto. Sus ojos estaban completamente regocijados cuando preguntó:

—¿No te gusta a ti tampoco, o es que me tienes miedo, Richard?

—Estás deliciosa debajo de eso, Stella.

—¿Sí…? Pues…, pues me sorprendes. Nunca me dijiste nada de eso.

—Pero también está John, ¿entiendes?

—¿Es… por John…, de verdad, o es por esa chica que trajiste anoche aquí? ¿Algo serio?

—Sí, tal vez.

—¿Pero no estás seguro?

—No, no lo estoy.

Stella se dejó caer sobre el sofá y cabalgó una pierna sobre la otra. Sus ojos grandes, rasgados y pardos reían cuando los fijó en los suyos.

—No voy a felicitarte por eso, querido.
—¿No…? ¿Por qué?
—Me siento terriblemente celosa.
—¿Es cierto eso…?
—Por supuesto que sí…
—En ese caso, ¿en dónde podremos vernos…?
La pregunta de Stella, que cambiaba bruscamente el tema de la conversación, le interrumpió:
—¿Qué traes en esa caja, Richard?
Donovan hizo una mueca de desagrado al volver a la realidad del momento con no menos brusquedad.
—Una muñeca; una muñeca negra.
—¿Un regalo?
—Sí, puede ser así.
—¿Para mí o para ella?
—No creo que te guste, ni a ti ni a Jessica.
No se atrevía a decirle la verdad, y estaba seguro de que tampoco se la diría cuando ella dijera algo más, cosa que ocurrió al segundo siguiente:
—¿Puedo verla?
Sin responder, silenciosamente, Donovan le alargó la caja, cubierta por la envoltura de papel de seda.
—¿Puedo abrirla?
—Sí, claro —replicó, no muy convencido consigo mismo, quizá porque sabía también lo que iba a ocurrir tan pronto como Stella la viera.
Ella ya estaba haciendo exactamente lo que le había dicho.
Desgarrando el papel, abriendo la caja, observó su rostro, correcto y bello, y el brillo de sus ojos cuando la vio. Acto seguido introdujo la mano y la sacó.
Durante unos instantes no pronunció palabra, sólo la examinaba por todos lados, hasta que lo hizo, pero sin mirarle a él.
—Es…, es hermosa. Una negra… completamente perfecta. Un cuerpo diabólico en su hermosura y con unos pechos… Diablos, Richard, ¿te fijaste? Esta muñeca es tanto o más perfecta que pueda serlo yo…, pero hay algo en ella que no me gusta.
Sobre el sillón, Donovan tuvo un ligero estremecimiento.
—¿Por qué? —preguntó, más que por nada por oír el sonido de

su propia voz.
—Es algo que no se puede definir, pero que está aquí, con ella. Algo… maligno, ¿verdad? Es…, es una de esas bailarinas vudú, ¿no?
—Sí, así es.
—Entonces ahí está lo maligno en ella —le miró ahora a los ojos y preguntó—: ¿Vas a regalármela?
—¿Lo deseas tú?
Los grandes ojos de Stella Wolf chispearon.
—¡Claro! Me atrae todo lo maligno, todo lo salvaje, todo lo que sea o represente magia negra, vudú, o cualquier clase de hechicería. ¡Dámela, Richard! Ella, esa muchacha, Jessica, nunca lo sabrá.
Donovan dudó, hasta que tuvo la idea.
—Lo haré, si John no dice lo contrario.
—¿Qué diablos tiene que ver John con todo esto?
—Nada, pero antes quiero hablar con él de esta muñeca.
—¿Tiene un misterio, una historia de crímenes o de vudú?
—¿Y si fuera así…?
Stella abrió mucho los ojos, mirándole incrédula y repentinamente se echó a reír.
—Tú… estás tratando de asustarme para que no te la pida, y eso no está bien, querido. Por lo tanto, si no quieres que la pequeña Stella se enfade de verdad, debes dársela —se puso en pie y se le acercó—. Puedo quedármela, ¿verdad?
Donovan le imitó y ambos quedaron frente a frente, muy cerca el uno del otro, rozándose, ella con los ojos brillantes, anhelante, como si de pronto algo se hubiera apoderado de ella, y mentalmente maldijo a la vieja Marlowe y sus palabras, al referirse a aquella muchacha de trapo negro.
—Dámela, Richard, amor —y le prendió el cuello con las manos, aplastándose contra él, y Donovan la cogió por la cintura, con lo que el beso brotó violento, casi de lucha entre los dos.
Cuando se separaron había transcurrido más de un largo minuto, y de los dos fue Stella la que primero rompió el silencio:
—¿Puedo quedármela?
Donovan asintió con un leve movimiento de cabeza y Stella le volvió la espalda, escudriñó el *living* buscando un lugar adecuado, que encontró sobre la mesita donde descansaba el teléfono.

Luego de instalarla allí, se le enfrentó.

—¿Un *whisky*? —preguntó.

—Y John, ¿cuándo vendrá? —fue la respuesta que obtuvo de Donovan.

—No lo sé, pero no creo que tarde mucho.

—¿Dónde fue?

Stella le miró arqueando una ceja.

—A juzgar por tus palabras —dijo risueña—, no te gusta verme en combinación.

—Ni siquiera te veía ahora —contestó, y estaba diciendo la verdad a pesar de que ella no le creyó.

—De acuerdo, querido —hizo un mohín con los labios—. No me veías, por lo que voy a dejarte solo unos instantes. El tiempo que tarde en quitarme esto y ponerme otra cosa… más en consonancia con tus gustos. Tú ya sabes dónde está el *whisky*. Puedes preparar un par de ellos. Puede que entretanto se presente mi amor… en la forma de mi marido, claro.

Dio media vuelta y entró en su dormitorio, dejando en las retinas de Donovan la visión esplendorosa de su cuerpo apenas cubierto por el transparente nylon que la envolvía.

En la mesita del teléfono, los ojos de la danzarina vudú fueron hacia ella, pero Donovan no se dio cuenta del hecho.

* * *

Saltó de la cama al suelo, se desperezó, tomó un salto de cama, se lo puso sobre los hombros y fue a la ducha.

No se entretuvo en mirar por el apartamento; tampoco tenía miedo ahora, a la luz del día.

De nuevo estaba sola, Donovan se había ido sin despertarla, sin molestarla para nada.

Jessica se dio una ducha y más tarde salió a la calle.

Entró en el bar de Phil, pidió el desayuno, y pensó en *madame* Denise, y en que aquélla, a pesar de no haber ido, no la había llamado. Encogió los hombros en tanto que mordía el panecillo con sus menudos y blancos dientecillos, y entonces fue cuando recordó a los porteros del edificio donde tenía su apartamento.

Un estremecimiento involuntario la sacudió de pies a cabeza, y miró a su alrededor, hacia el periódico que había sobre el mostrador, muy cerca de ella, y se preguntó si diría algo más con respecto al crimen de cuarenta y ocho horas antes, pero no lo tomó.

Una garra, que en aquel momento le estrujaba el corazón, se lo impedía.

A duras penas logró pasar el pan y el café con leche, y luego de abonar la consumición regresó a la calle, y sobre sus pasos hacia la portería.

Lo mismo que hiciera Donovan, ella también habló con la portera.

Recordaba una etiqueta.

Recordaba el miedo pasado, sus músculos agarrotados que la impedían moverse del lugar donde cayera la noche antes, la lucha de los dos muñecos, el estilete mortal brillando a la luz de la lámpara de su dormitorio, del living de su apartamento, y gimió.

Volvía a tener miedo, estaba aterrorizada, luchaba consigo misma, pero no podía controlarse, por lo que caminó por la acera, pálida como una muerta bajo la sabia capa de maquillaje que llevaba, y detuvo un taxi. El primero que pasó por su lado libre.

Se retrepó contra el asiento, dio la dirección y cerró los ojos.

El automóvil se puso en marcha, siguiendo la trayectoria que un par de horas antes siguiera Donovan en su coche.

Y ella también, casi sesenta minutos después, alcanzó la tienda de juguetes de *mistress* Marlowe.

Se detuvo en la acera, al otro lado de la calle, siguiendo paso a paso los que con anterioridad diera Donovan, y vaciló antes de empezar a cruzarla con sus pasos menudos y gráciles, elegantes.

Trató de mirar por la sucia cristalera sin conseguirlo y entonces intentó retroceder, pero no pudo.

La misma maligna fuerza que la noche anterior la mantuviera pegada al suelo, con uno de aquellos horribles muñecos subido a su estómago, buscando el lugar donde descargar el golpe mortal de su estilete, la impulsaba hacia adelante, sin que pudiera evitarlo, por lo que empujó la puerta y cruzó el umbral.

Se detuvo en el centro de la sucia pieza y sus ojos recorrieron las estanterías, para detenerse en las parejas que formaban los negros danzarines del vudú.

Faltaba una muñeca negra…, si es que las parejas tenían que estar completas, e inconscientemente Jessica se preguntó dónde estaba, o qué maligno poder la había empujado fuera de la tienda, y hacia dónde.

¿A su propio apartamento?

Sus bellos y morenos hombros se estremecieron bajo la blusa que llevaba y en aquel instante el cascado y burlón «ji, ji, ji» de la vieja *mistress* Marlowe la interrumpió.

Quiso moverse pero no pudo. Sus pies parecían haber echado raíces en el suelo.

A su espalda, el ruido del bastón de la vieja se iba acercando más y más, hasta que repentinamente la vio.

Ojos grandes, brillantes, diabólicos, que la miraban con curiosa alegría, la boca sin dientes, riente también, y su nariz ganchuda que parecía tropezar con la barbilla.

—¿Tiene miedo la pequeña *miss* Randall? —ni siquiera tuvo tiempo de asombrarse de que supiera su nombre, pues en aquel momento la vieja añadió—: ¿Acaso siente curiosidad por esas parejas? Sí, eso es. Falta una muchacha, la compañera de aquel negro…, pero eso no importa. El negro irá a buscarla.

No podía moverse, Jessica se daba cuenta de aquello, coordinaba sus ideas, pero no podía expresarlas. Sabía, también, que cuando recobrara el habla diría y haría lo que aquella vieja maldita quisiera.

Notó la presión en su muñeca y miró.

La arrugada mano la estaba sujetando y las uñas, largas, de pájaro de presa, casi la rodeaban. Intentó apartarse, pero tampoco pudo.

La cascada risa de *mistress* Marlowe le llegó al oído con absoluta claridad.

—No tienes que tener miedo, Jessica. *Mistress* Marlowe no te hará daño. Sólo quiero… Vamos, ven conmigo. Te enseñaré el resto de los muñecos. Son curiosos, y muy dóciles. Todos excepto uno.

El brillo de sus ojos se apagó y con aquello Jessica pareció respirar más tranquila a pesar de que la vieja continuaba sujetándola por la muñeca.

—Ven, querida —dijo—. Luego…, puedes explicar lo que has visto por ahí…

Repentinamente se vio andando junto a ella, rodeando el mostrador, cruzando la puerta que daba acceso a la trastienda.

Una pieza grande, cuadrada, con algunos muebles, trapos de varios colores, paja y serrín, en dos cajas, sobre la mesa, y nada más.

—Es un entretenimiento para mí —continuó la vieja—. Desde hace años. Pero no temas…, no…, no es esto lo que quiero enseñarte.

Trató de contestar y no pudo hacerlo, no podría hasta que… la vieja lo quisiera así.

Y no tenía miedo…

Su mente se lo decía con claridad. Le ordenaba seguirla a cualquier parte que se le antojara, sabiendo positivamente que no iba a hacerle mal alguno, y lo estaba haciendo.

Una estantería al frente, con libros; allí *mistress* Marlowe la soltó.

—Ahora lo veremos, querida niña —dijo con su voz cascada, chirriante, como los goznes de una puerta sin engrasar.

Se acercó, introdujo la mano entre dos libros y la estantería empezó a girar a un lado descubriendo un hueco.

Y no tuvo necesidad de pronunciar una sola palabra más, ya que Jessica, andando como una autómata. La siguió, cruzando al otro lado.

CAPÍTULO VI

Nada.

Ni pebeteros, ni alambiques, ni retortas o pucheros hirviendo con extraños líquidos dentro.

Nada… ni pájaros, cuervos o serpientes.

Todo era limpio, sencillo, con violento y sangriento contraste con el interior de la tienda propiamente dicha.

Y muñecos.

De trapo, como los otros… y un estilete en el centro de la mesa, y el corazón de Jessica dio un salto en el pecho, y la vieja se rió, regocijada hasta lo indecible.

Le estaba adivinando el pensamiento y no podía evitarlo en modo alguno.

Miró a su alrededor, y sus ojos se dilataron al ver, sobre una repisa empotrada en la pared, la azafata que luchara por ella la noche anterior.

Su hermoso cuerpo de muñeca estaba atravesado por algunos alfileres y su bello rostro surcado por una mueca de dolor humano, de horrible sufrimiento, y la altiva cabeza que viera la noche antes estaba caída a un lado, como en un desmayo, y tenía los no menos bellos y grandes ojos cerrados.

Como en sueños, Jessica oyó las palabras de *mistress* Marlowe:

—Es una muñeca desobediente y mala, y tuve que castigarla. Así estará unos días y después… tal vez la envíe a una nueva misión.

Jessica trató de contestar, y entonces, ante su sorpresa, se vio preguntando:

—¿Qué fue lo que hizo?

—|Oh! —la vieja rió—. La envié con un compañero a un trabajo, y se rebeló contra él. Luchó… y no contenta con esto, lo alcanzó en la calle y lo destrozó con el estilete. Por eso la castigué. Me está causando problemas… y si no entra en razón, tendré que destruirla.

—¿Por qué lo hizo?

—Esa azafata es…

—No me refiero a ella, sino a usted.

Y se maravilló de que pudiera sostener una conversación con aquella tranquilidad, y sin que su espíritu se encontrara conturbado por el más mínimo terror.

—Vino una mujer a comprarle un muñeco a *mistress* Marlowe, querida niña, y le dije que no estaban en venta, que tenían vida propia. Se burló de mí. Me desafió, y se llevó un negro por medio dólar. El negrito murió… y yo estoy muy triste.

—¿Y ella…? ¿Esa mujer…?

—Le di la orden al negro para que la eliminara —la miró pensativamente, le mostró sus desdentadas encías en una mueca y su rostro pareció arrugarse aún más, con milenarias arrugas, y continuó—: Murió atropellado por un coche.

Jessica se estremeció.

—¿Y…?

La vieja extendió su sarmentosa mano y señaló a la azafata.

—Ella tuvo la culpa de que… de que ahora esté usted aquí, mi querida niña.

Jessica dio la callada por respuesta, pensando velozmente. No tenía miedo alguno, siguió pensando, pero aquello no duraría mucho.

—Vamos, hable, Jessica Randall —apremió *mistress* Marlowe—. Ahora puede hacerlo con entera tranquilidad.

Jessica la miró a los ojos, y casi en el acto la oyó reír.

—Trate de hacerlo, querida —dijo—. ¿Qué cree que ocurrirá si va con esta historia a la policía? Nadie…, nadie la creería, pequeña. Iría… a un manicomio… o a casa del psiquiatra —volvió a reír—. Nadie, nadie puede nada contra *mistress* Alma Marlowe. Nadie…, aunque la creyeran a usted. Míreme, niña, soy vieja, muy vieja… y me apoyo en un bastón para poder andar. Usted es bella, joven, fuerte… Trate…, trate de golpearme, querida. Trate de hacerlo y verá cómo no puede.

Jessica ni siquiera lo intentó. Tampoco dijo nada, continuó callada, por lo que *mistress* Marlowe añadió en vista de su silencio:

—Y ahora ya puede irse… y no vuelva…, si tiene tiempo para hacerlo. Pero antes…, antes…, voy a hacerle un regalo.

Le volvió la espalda y con pasos vacilantes, siempre ayudada por el bastón, de una de las estanterías tomó una de las muñecas.

Era perfecta.

Una bailarina de clásico, que le dio a continuación, y una vez más Jessica se vio con ella entre las manos sin que pudiera pronunciar una palabra ni hacer nada por evitarlo.

—No tenga miedo. Ella no hace nada, ¿comprende? No…, hasta que su pareja trate de ir a buscarla… y ahora no la tiene. Guárdela como recuerdo, *miss* Randall…, de una vieja incomprensible… y cuente, cuente a la policía lo que ha visto aquí. Vamos, lárguese ahora.

Su voz cascada, cuando pronunció las últimas palabras, sonó a los oídos de Jessica completamente normal, llena de fuerza y juventud, pero ni siquiera tuvo tiempo de asombrarse, ya que de un modo repentino se vio andando hacia el hueco que dejaba la estantería.

Cuando quiso darse cuenta se encontraba en la calle, con la bailarina en las manos, el corazón encogido, temblando, preguntándose si aquellos momentos vividos eran producto de una pesadilla o de la más espantosa realidad.

Miró la muñeca.

Era real, todo lo ocurrido pertenecía a la realidad. Entonces se volvió hacia la tienda, dio un paso, luego otro, y al ir a dar el tercero pareció como si su cuerpo tropezara con un muro invisible, y se detuvo en seco.

Detrás de los sucios cristales vio el rostro diabólico de *mistress* Marlowe y su silenciosa risa, que la sacudía de pies a cabeza, convirtiéndola en algo terriblemente grotesco.

Fue a volverse y sin esfuerzo alguno lo consiguió, por lo que ya, sin más, continuó andando calle abajo, con la bailarina en la mano, buscando un lugar donde encontrar un taxi.

Poco después daba con uno. Jessica lo detuvo, subió, dio una dirección: la de su casa, y cerrando los ojos se recostó contra el respaldo del asiento.

Al lado, la danzarina clásica ladeó la cabeza y la miró fijamente por espacio de mucho tiempo, pero cuando la muchacha los abrió, su expresión era la misma que tenía en la tienda de muñecos de *mistress* Marlowe.

Utilizó el ascensor para subir, abrió la puerta del apartamento, cerró a su espalda y ya en el *living* tomó la muñeca y la colocó en una pequeña repisa adosada a la pared.

Jessica retrocedió un par de pasos y desde allí la miró.

No le causaba miedo, la maldita vieja del Chinatown le dijo que era inofensiva hasta que su pareja fuera a buscarla, y la pareja no existía por el momento…, aunque podía estar mintiendo.

Se estremeció dilatando los ojos.

Tenía…, tenía que deshacerse de la bailarina; debía hacerlo… y… Bueno, hubiera sido mejor desprenderse de ella mucho antes de alcanzar su apartamento.

Ahora…

Jessica retrocedió un par de pasos más y desde allí continuó mirándola. El bello rostro de la muñeca no se alteró, no cambió en absoluto. Sus ojos se mostraron tan impasibles como en todo momento.

Sacudió la cabeza.

Aquello…

Interrumpió su propio pensamiento, dio media vuelta volviendo la espalda, pensando en que debía mostrársela a Donovan y luego, ambos, irían a lanzarla al Hudson. No… le gustaba tenerla allí por muy hermosa que fuera, por muy inofensiva que fuera.

Lentamente, Jessica se acercó a la mesita donde tenía instalado el teléfono. Tomó el auricular, lo levantó y empezó a marcar.

A su espalda, la danzarina clásica hizo una mueca, sus ojos adquirieron inusitado brillo, casi satánico, y su rostro, antes terso, juvenil, como de porcelana china, empezó a arrugarse, a transformarse en tanto que su boca se distendía en una mueca mostrando ahora las desdentadas encías de *madame* Marlowe y sus uñas, largas, curvas, como garras de pantera, se proyectaron hacia Jessica.

Su rostro, de pergamino, surcado de rugosas arrugas, viejo, muy viejo, casi milenario, donde sólo brillaban los ojos, se contrajo en una horrible mueca mientras empezaba a moverse hacia el filo de la repisa.

Siempre vuelta de espaldas, Jessica continuaba marcando.

* * *

Una blusa, una minifalda, sin medias, zapatos de alto tacón… y en aquel momento el zumbador que daba acceso al interior del apartamento empezó a sonar.

Donovan hizo ademán de ponerse en pie, pero ella se lo impidió.

—Ése es mi marido, Richard —dijo—. Yo misma abriré.

Pasó por su lado en tanto que él tomaba el vaso de *whisky* y se lo llevaba a los labios, en dirección a la puerta.

Bebió un poco con los ojos fijos en la danzarina vudú.

Desde luego, tenía algo de maligno en su figura desnuda. Stella tenía razón al afirmar aquello. Entonces se preguntó por qué la había comprado, y un tanto sorprendido se dijo que no lo sabía; que no tenía seguridad.

Los pasos de John Wolf y Stella, viniendo del pasillo que quedaba un tanto a su derecha, interrumpieron el hilo de sus pensamientos.

Soltó el vaso y miró hacia allí.

Alto, fuerte, con todas las trazas de un campeón olímpico, rubio, de ojos pardos, risueños, mostrándole sus dientes de lobo en una sonrisa, Wolf se acercaba llevando la mano extendida.

Donovan se puso en pie, devolvió la sonrisa y estrechó la suya.

—¿Qué diablos estás haciendo aquí, Richard? Confieso que no te esperaba hoy, por lo menos hasta la noche.

—Venía buscándote, John, y…

Stella le interrumpió, al mediar en la conversación.

—Me encontró en combinación —dijo, risueña—, me hizo un regalo y dejé que me besara…

—¡Stella!

—Dejé que me besara y… —señaló la muñeca, añadiendo—: La verdad es que se la llevaba a esa muchacha que trajo anoche, pero un beso tiene mucha…

Se interrumpió porque Wolf ya no la escuchaba.

Se estaba acercando a la danzarina vudú; se detuvo frente a ella mientras que Donovan, con el vaso de *whisky* en la mano, se acercaba a su vez seguido por Stella.

—Es…, es maligna —susurró. Se volvió a mirarle y añadió—: ¿De dónde la sacaste, Richard?

Donovan hizo una mueca mientras que multitud de preguntas nacían en su mente.

—La traje del Chinatown —dijo—. Se la compré a una vieja.

Wolf alargó la mano y la tomó.

—Es una negra bailarina de vudú. Un espíritu maligno… y tabú para nosotros. ¡Diablos! Quisiera saber qué fin premeditado tiene. Es…, es bellamente estremecedora. Parece… como…, como si tuviera vida propia —volvió a mirar a Donovan y preguntó—: ¿No lo crees tú así, Richard?

Donovan tragó saliva y se llevó el vaso a los labios.

Al terminar de beber, yendo ya hacia el sillón donde antes estuviera sentado, respondió:

—Lo cierto es que no sé cómo ni por qué está en mi poder. Sé, ahora que lo pienso fríamente, que la traje en contra de mi voluntad… y que ahora, aunque le pese a Stella, me la voy a llevar. Voy a destruirla, John. A quemarla.

—¡Richard!

La miró.

Stella le miraba a su vez agrandados los ojos debido a la sorpresa que le producían sus palabras.

—Tú…, tú no harás nada de esto, ¿verdad? Esa muñeca… es mía, me la diste. Y… me gusta… Soy un tanto morbosa, ¿sabes? Y por eso voy a quedarme con ella. Me gusta todo lo maligno, todo lo que huela a magia negra o blanca… es lo que te dije, ¿no?

Mientras que Wolf les miraba alternativamente, Donovan denegó con la cabeza.

—Lo lamento, Stella, pero no voy a dejar aquí esa muñeca. Eso… quise decírtelo de un principio… O mejor dicho, es de lo que quería hablar con tu marido. Por eso pregunté por él. Vine buscándole para hablarle de esa muñeca, de esa danzarina.

Stella hizo intención de contestar, pero Wolf se adelantó a sus deseos.

—¿Algún cuento de brujas, Richard? —preguntó burlonamente —. Si es así te diré que no estamos en la época medieval, sino en pleno siglo veinte, y en el año 1973, en Chicago. Vamos, ¿de qué tienes miedo?

Donovan levantó el vaso y bebió un poco, casi hasta mediarlo.

—¿Tienes algún amigo policía?

Wolf arqueó levemente una de sus cejas mientras que Stella se dejaba caer en el sillón, observándole atentamente, yendo sus ojos

de la muñeca hasta el ceñudo rostro de Donovan.

—Conozco a un par de tipos de la «bofia» —repuso Wolf—. ¿Por qué? ¿Es que has cometido un crimen, por mediación de esa negra desnuda? —la balanceó un poco entre los brazos, se echó a reír, y luego la dejó sobre la mesa, sentada sobre su tablero, con los ojos negros y de cuencas blancas, tan negros como su piel, fríos, inexpresivos, carentes de vida, fijos en el no menos frío semblante de Stella, que sufrió un leve estremecimiento que no pudo evitar.

—¿Por qué, Richard? —preguntó a su vez, repitiendo una de las preguntas de su marido.

Donovan no le respondió, tenía los ojos fijos en el semblante de Wolf, y hacia él fue su siguiente pregunta:

—¿Has oído hablar de una muchacha llamada Sandra Tichey?

Wolf frunció el ceño.

—Creo… Sí, claro, leí que había muerto asesinada en su apartamento. Alguien la degolló con un instrumento punzante —lanzó una maldición en voz baja y preguntó—: ¡Cuernos, Richard!, no me irás a decir que fuiste tú, ¿verdad? Eso no lo creería porque aquella noche estuvisteis aquí con esa muchacha…

—No voy a decirte nada de eso, Wolf…

Stella tenía los ojos fijos, extrañamente fijos en los inexpresivos y negros de la danzarina. Como fascinada por ellos, como fascinada por lo que de maligno tenía su bello y exótico cuerpo de trapo, paja y serrín.

Parecía no escuchar a ninguno de los dos… Parecía… estar ausente de todo lo que no fuera la muñeca… y tal vez era cierto…

—En ese caso… Oye, no sabrás quién la mató, ¿verdad?

Donovan terminó con el resto del *whisky* de un nervioso trago.

—Voy a prepararte otro, muchacho —siguió Wolf—. Tengo el presentimiento que a ambos nos va a hacer falta.

Donovan no respondió, por lo que John dio media vuelta y se alejó hacia el pequeño bar situado a un extremo del *living*, elegantemente pulido.

CAPÍTULO VII

—Maté a un muñeco la noche que estuve aquí, John —dijo.

El vaso que Wolf se llevaba a los labios se inmovilizó a media altura.

Los ojos de Stella se achicaban, fascinados por los de la muñeca vudú.

—¿Qué diablos…?

—Es la realidad…, un poco loca si quieres… inverosímil, como arrancada de un cuadro dantesco, de pesadilla, pero fue así. Jessica, la muchacha que traje aquí, iba conmigo. Un… muñeco negro, con los ropajes llenos de sangre… y un estilete, fino y largo… Tan fino como una aguja de hacer media. Y fue… frente a la casa donde alguien mató a esa muchacha. A Sandra Tichey.

Wolf se llevó el vaso a los labios y su mirada se desvió un tanto hacia la muñeca, pero no se dio cuenta de la expresión que ahora tenía el rostro de Stella.

—¿Es una broma, Richard? —preguntó, mirándole de nuevo.

Donovan hizo una desagradable mueca con los labios.

—¿Broma…? ¡Ojalá lo fuera!

—Vamos, Richard, eso debe tener otra explicación. Algo… más real, más en consonancia con los tiempos en que vivimos, ¿no?

Donovan tardó unos segundos en responder.

—Aún hay algo más… —dijo—. Testigos…, el portero y la portera de la casa donde vive Jessica. Ellos la vieron.

—¿Vieron…? ¿A quién? ¿A otra muñeca vudú?

Había una sangrienta ironía en su voz cuando formuló la pregunta, pero Donovan no hizo caso, sabiendo como sabía desde un principio que sus palabras, su fantástica historia, sólo iba a servir para aquello.

—Era una muñeca, desde luego —dijo suavemente—, pero de carne y hueso. Rubia, y de ojos verdes.

—Eso está mejor.

Sin hacer caso de la interrupción, prosiguió:

—Una muñeca de carne y hueso, muy hermosa, y que dejó un regalo para Jessica. Ella… te lo puede contar.

Wolf no respondió. Esperaba, por lo que en vista de su silencio. Donovan continuó exponiéndole el caso.

Al terminar preguntó:

—¿Crees que los dos en común sufrimos de alucinaciones? Voy a advertirte una cosa, John: ni Jessica ni yo somos aficionados a las drogas. A ninguna, en concreto.

—Pero os gusta el *whisky*, ¿no?

Donovan se puso en pie.

En aquel momento Stella desvió los ojos de la danzarina negra y le miró. Fue a decir algo cuando el timbre del teléfono la interrumpió.

Wolf se acercó a la mesita, descolgó el auricular y preguntó:

—Casa de John Wolf, ¿dígame…?

—Sí, está aquí. Ahora se lo paso —miró a Donovan y añadió—: Es para ti, de Jessica.

Donovan se acercó al teléfono, llevó el auricular a su oído y preguntó:

—¿Jessica?

—Sí… Yo…

—¿Ocurre algo?

—Es… estuve en el Chinatown, Richard, ¿sabes?

Donovan no respondió, pero notó cómo de un modo inverosímil sus músculos se tensaban.

—Vi, vi a *mistress* Marlowe, y me dio… me obligó casi a comprar una muñeca… Una bailarina clásica. Y… y… está aquí, en mi apartamento, conmigo.

Jessica calló y, sin dudarlo, Donovan contestó:

—Sal a la calle, al portal, y espérame allí, Jessica.

No esperó respuesta, cortó la comunicación y dando media vuelta, seguido por los ojos asombrados de Stella, en dos zancadas alcanzó la puerta que daba acceso al pasillo.

Wolf le sujetó del brazo justo cuando iba a abrir la de salida.

—¿Qué es lo que ocurre, Richard?

Donovan se desprendió de su mano y respondió:

—Jessica. Estuvo en el Chinatown, y se trajo una de esas muñecas.

Terminó de abrir la puerta y salió al pasillo, hacia el ascensor, pulsó el botón de llamada, y cuando ya descendía hacia la planta baja, se dio cuenta de que el marido de Stella estaba a su lado.

Le miró, fue a hacerle una pregunta, y él le dio la respuesta mucho antes de formularla.

—Voy contigo, Richard —dijo—. Quiero saber dónde está la verdad o la mentira… o la ficción, si así lo deseas, en tu historia.

Donovan no respondió.

La calle.

Miró a todos lados.

Estaba anocheciendo.

—Tengo mi coche ahí mismo —dijo.

Wolf, sin contestar, se puso a su lado y ambos empezaron a andar.

Un par o tres de minutos más tarde los dos se encontraban en el interior del automóvil; Donovan al volante.

Embragó, lo despegó del bordillo de la acera y empezó a conducir por entre el tráfico, intenso a aquella hora, con los nervios en tensión, deseando volar sobre el asfalto, sin conseguirlo.

Veinte, treinta, cuarenta, cincuenta minutos, y suspiró con alivio cuando detuvo el coche frente a la puerta de acceso al edificio donde Jessica tenía su apartamento.

Descendió seguido por el silencioso Wolf.

A su espalda quedaban los anuncios luminosos del otro lado de la calle, los escaparates, el río humano de los peatones, pero él no los veía.

Miraba los portales, a ambos lados del correspondiente a la casa de Jessica, pero ella no se encontraba allí.

Miró a Wolf.

—¿Vienes conmigo?

—Para eso estoy aquí, ¿no?

—Correcto. Vamos.

Entraron ambos. Preocupado, nervioso, casi con miedo Donovan, y escéptico Wolf, hacia la portería.

La portera fue la que le salió al encuentro, con una sonrisa servil en los labios.

—Buenas noches, míster Donovan —saludó—. ¿Puedo…?

—¿Sabe si ha salido *miss* Randall? —cortó Donovan.

—No. Por lo menos yo no la he visto.

—¿Hace mucho que se encuentra usted aquí?

—Toda la tarde. ¿Por qué?

Pero Donovan no la escuchaba ya.

Acuciado de una extraña prisa, seguido a duras penas por Wolf, casi corrió hacia el ascensor, pero una vez frente a la puerta se detuvo.

—Creo…, creo que será mejor que tú subas por aquí, John —dijo—. Yo lo haré por la escalera. Espérame frente a la puerta de su apartamento. Es en el piso octavo, número 118, letra F. Gracias.

Tampoco esperó contestación. Corrió hacia la escalera y empezó a subir los escalones de tres en tres.

Siempre de un modo escéptico, Wolf abrió la puerta del ascensor, penetró, pulsó el botón correspondiente al piso octavo y esperó.

Cuando las puertas automáticas se abrieron ante él, el pasillo que tenía delante estaba completamente desierto, sin un alma, como sin vida…, silencioso como una tumba.

Empezó a andar con los ojos fijos en las numeraciones de las puertas.

Número 118, letra F.

Allí, frente a sus ojos.

Se detuvo en seco, dio un par de pasos, volvió a detenerse.

Delante suyo, la puerta del apartamento de Jessica Randall estaba abierta. Es decir, simplemente entornada, pero desde allí, desde el lugar donde se encontraba, podía verlo perfectamente.

Dio otro paso, y una vez más se detuvo pensando que era mucho mejor esperar a Donovan. Que era mucho, muchísimo mejor, que ambos al mismo tiempo entraran allí.

Nunca supo cuánto tiempo permaneció inmóvil frente a la puerta, hasta que a su espalda oyó sus pasos y el jadeo de su respiración entrecortada.

—¿La viste? —preguntó sin volverse a mirarle.

—No. ¿Y tú?

Sin responder, Wolf señaló la entornada puerta del apartamento.

—Creo que debe haber salido —dijo—. Se dejó la puerta

entreabierta.

Donovan no respondió, llevó la mano al bolsillo y con la 22 avanzó hacia la puerta, que abrió de un empujón.

Pero cuando lo hizo, llevaba a Wolf pisándole los talones.

* * *

Stella se puso en pie, dejando de mirar a la muñeca, dio media vuelta, escuchó, oyendo cerrarse la puerta del apartamento, y entonces se acercó al bar y se preparó un *whisky*.

Con el vaso en la mano se acercó al sillón, se sentó y, levantándolo, brindó:

—Por ti, mi pequeña negrita, y por tu maligna magia vudú.

Bebió un poco.

Sentada frente a ella, sobre la mesa donde Wolf la dejara, la muñeca le hizo un guiño con uno de sus ojos redondos, negros y grandes.

Stella arqueó una ceja.

La muñeca no se movía.

Terminó de beber, dio media vuelta, fue a la cocina, dejó el vaso sucio y miró el reloj.

Era bastante tarde.

Wolf… ¿cuánto hacía que se había marchado en compañía de Donovan?

No lo sabía, pero a su parecer el tiempo había pasado rápidamente para ella sin que supiera cómo había podido ocurrir el hecho.

Stella regresó al *living* y miró a su alrededor.

La muñeca vudú continuaba sentada en la misma postura. Sus ojos carecían de expresión. La muchacha sacudió la cabeza y miró el teléfono.

Telefonear a…

No sabía el número. Tampoco dónde vivía Jessica. Donovan, según la historia que les contara no hacía mucho, no dio su domicilio. Por tanto, buscarle era, tarea completamente imposible.

Se encogió de hombros, dio media vuelta y tras lanzar una mirada a la muñeca entró en su dormitorio.

¡Bah!

No podía negarse que Richard Donovan tenía imaginación para contar historias más o menos espeluznantes.

Asesinato de una mujer, por un muñeco que luego a su vez él mató…, o asesinó con su coche.

Y ahora… su marido había sido tan estúpido como para irse con él, cualquiera sabía dónde.

Se desnudó. Se tendió sobre la cama y cerró los ojos, pero no apagó la luz.

Pensaba…, lo hizo durante algún tiempo hasta que se quedó dormida.

Pasó un cuarto de hora, luego otro, y otro más…

En el *living*, la muñeca se puso en pie sobre la mesa, se desperezó, miró al suelo desde allí, y saltó.

Rodó sobre el linoleum, gimió, se levantó cojeando y su cuerpo de trapo, negro como el ébano, pareció brillar con luz propia, de modo brillante cuando se encaminó hacia la puerta que daba acceso a la salida del apartamento.

Esperó allí tal vez diez o doce minutos y luego la abrió.

Dos, tres o cuatro minutos más, y entró el muñeco negro. Su pareja en la danza vudú que semejaban ir a bailar de un momento a otro en la tienda de *mistress* Marlowe.

Cerró a espaldas de él y juntos, cogidos del brazo, avanzaron silenciosos, inexorables, hacia el dormitorio donde dormía Stella.

* * *

Había luz cuando abrió los ojos, sin saber qué era lo que la había despertado, pero no era de la lámpara de la mesita de noche.

Era de…

Procedía de todas partes y de ninguna.

Desorbitó los ojos.

Luz lechosa, como viniendo del astro nocturno, pero tampoco era aquello.

La ventana, frente a ella, estaba abierta. Los visillos se movían, dando la sensación de que el viento de fuera los arrastraba con fuerza hacia el interior del dormitorio.

Se estremeció sin poderlo evitar con los ojos fijos en la ventana, y tras una ligera vacilación saltó del lecho al suelo.

Tenía que cerrar aquellos postigos.

Stella se acercó a la ventana.

La tocaba con la mano cuando hasta sus oídos llegó el lúgubre gemido del viento y los visillos se agitaron aún con más fuerza, envolviéndola uno de ellos como en una mortaja.

Durante unos segundos luchó por desprenderse del mismo; lo conseguía ya cuando oyó, claro y nítido, el sonido del bastón de *madame* Marlowe, casi a su espalda.

Se volvió en redondo con un movimiento brusco que desprendió el visillo de la abierta ventana.

La claridad que envolvía el dormitorio era más diáfana. Brotaba de las paredes, del suelo, del techo, y, frente a ella, la muñeca vudú se contorsionaba en una de sus salvajes danzas, acompañada de un muñeco negro.

Un muñeco en cuya mano derecha brillaba un agudo estilete.

—¡No…! ¡No puede ser…! ¡Eso no…!

Su voz murió en su garganta, ahogada por su propio pánico cuando la muñeca empezó a crecer al compás de la sinfonía que llegaba a sus oídos con absoluta claridad, contorsionándose como una serpiente, y vio ante sus ojos su bello cuerpo desnudo, de trapo, sudoroso, chorreando sudor debido al esfuerzo de su danza maligna.

Luego sus ojos, brillantes como el fuego, dilatados, se fijaron en ella mientras que el rostro se iba convirtiendo en una máscara de arrugas y de sus encías iban desapareciendo los blancos dientes hasta no quedar ninguno, y su nariz se alargaba, como el mentón, tomando ante ella la horrible figura de un ave de presa.

Stella lanzó un tenue grito.

La risa de la muñeca vudú, ahora del tamaño de una persona, se acercaba a ella sin dejar de bailar, llevando por delante de su cuerpo los brazos extendidos, cuyas sarmentosas manos iban rematadas en largas y corvas uñas…

—No… ¡Noooo…! Por favor… —chilló—. ¡Eso nooo…!

Retrocedió hacia la ventana.

El muñeco negro se iba acercando, del tamaño de un hombre, con su taparrabos blanco, y el estilete en la diestra. Sus ojos eran inexpresivos, pero brillantes.

Su danza era sólo un acompañamiento a la maligna, a la satánica muñeca.

Dio un paso, girando sobre sí mismo, muy cerca ya el estilete lanzó un destello a la luz que inundaba todo el dormitorio. La risa cascada y lejana de la muñeca la hirió el oído. Stella lanzó un agudo grito en tanto que el muñeco, contorsionándose al ritmo de la loca danza, saltaba contra ella.

—¡No! —chilló una vez más—. ¡No, eso no…!

El muñeco descargó el golpe, pero falló.

Frente a él, loca, perdido el control de sí misma, horrorizada, gritando como una posesa, Stella Wolf dio un paso atrás, hizo un quiebro, el estilete desgarró la combinación que llevaba a la altura de los senos mientras que la bailarina vudú continuaba riendo, bailando…, saltó hacia atrás, y por la ventana abierta se precipitó al vacío, y su grito, lacerante, fue decreciendo rápidamente hasta que se estrelló contra el asfalto de la calle ciento cincuenta yardas más abajo.

La luz fantasmagórica del apartamento se extinguió por sí sola y la lámpara de la mesita de noche empezó a brillar.

En el suelo, la muñeca se pasaba la mano por la frente perlada de transpiración. A su lado, el muñeco negro guardaba el estilete y luego empezaba a caminar, bamboleándose, hacia la puerta.

Cruzó el umbral.

A su espalda, la muñeca no se movió. No lo hizo hasta unos minutos más tarde. Sólo entonces abandonó el dormitorio, regresó al *living,* se subió a la mesa y ocupó el lugar exacto donde John Wolf la depositara.

Pero ahora había un cambio en su bello y negro rostro. La expresión malignamente sarcástica de sus ojos y sus labios. Su sonrisa, la mueca que había en su boca de dientes pequeños e iguales; blancos, extraordinariamente blancos.

CAPÍTULO VIII

Jessica soltó el auricular lentamente, se volvió a la inversa, y el movimiento que efectuaba la bailarina clásica se cortó en seco, pero ella no se dio cuenta del hecho.

Richard no tardaría en venir.

Cuestión de muy poco.

Se acercó al pequeño bar, tomó uno de los vasos, escanció licor, y en aquel momento oyó pasos en el pasillo.

Durante unos segundos creyó que era Donovan que había vuelto, hasta que se dijo que no había tenido tiempo para hacerlo… y que los pasos eran de mujer.

Se volvió en redondo, con el vaso en la mano, y entonces la vio frente a ella, bajo el umbral de la puerta de acceso al *living*.

Cabellera rubia, larga, casi hasta media espalda, brillante como el oro. Ojos grandes, rasgados, llenos de fuego, malignos… y recordó a la portera y sus palabras.

Jessica hizo una mueca procurando esconder su miedo, tratando al mismo tiempo de no mirarla a los ojos, pero sin conseguirlo del todo, y preguntó:

—¿Quién es usted? ¿Cómo ha entrado aquí?

La rubia le mostró sus dientes iguales, blancos y pequeños, en una sonrisa.

—No me creería si se lo dijera, *miss* Randall. En cuanto a entrar… pongamos que conozco bien todas las cerraduras… de este edificio. Me fue fácil. ¿Puedo entrar?

Jessica no tuvo tiempo de contestar, ya que la rubia estaba avanzando hacia el interior del *living*, con los ojos fijos en la muñeca que aún continuaba en la repisa.

—Es preciosa —comentó—. Pero me temo, querida, que va a tener que devolverla.

Jessica, tratando de dominar el temblor que había en sus manos,

preguntó:

—¿Sí…? ¿Por qué?

—Se la dieron por error.

—¿Cómo está tan segura de eso?

—*Mistress* Marlowe me lo dijo. Ella… me envió aquí a buscarla.

—¿La conoce?

Se estaba serenando a pasos agigantados. Jessica se daba cuenta de aquello y trató de aprovechar al máximo aquel hecho.

—Sí, así es… Y ahora, querida, quiero esa muñeca.

La rubia terminó de acercarse a la repisa y cuando ella creía que la tomaría entre sus manos, se volvió en redondo, enfrentándola.

—La verdad es, *miss* Randall, que le mentí a usted.

—Es lo que sospechaba.

—Pero sólo fue en parte.

—¿Sí…? ¿Y bien…?

—Tendrá que llevarla usted misma, querida. Tendrá… que venir conmigo. Usted y la muñeca.

—No voy a hacer nada de eso, y usted lo sabe. Y ahora, dígame quién es, y salga de aquí. Eso… o me temo que llamaré a la policía.

—¿Y qué les dirá? Que recibió la, visita de una mujer rubia… desconocida… que ni sabe su nombre ni quién es… No, *miss* Randall, no hará nada de eso porque cuando lleguen la encontrarían sola… y lo tomarían como una broma por su parte, como una burla hacia ellos… y no resultaría muy agradable para usted. Vamos, tome la muñeca y venga conmigo.

Jessica se llevó el vaso a los labios y bebió.

Estaba escuchando.

Donovan estaba tardando un poco. Donovan, al que trató de localizar hasta que dio con el número del apartamento de los Wolf.

—¿Viene, *miss* Kendall?

—¿Al Chinatown?

—Sí.

—Tendría que sacarme de aquí a la fuerza, y dudo que lo consiguiera.

Los ojos brillaban, la boca tenía un rictus maligno cuando contestó:

—No voy a hacer nada de eso y usted lo sabe. Pero vendrá, puede estar segura de eso.

—¿Con usted…? Ya le…

—Ahora no he dicho eso, querida —cortó la rubia, ladeando la cabeza para mirar a la muñeca. Y añadió cuando ya la miraba de nuevo—: Buenas noches, *miss* Randall. Y no me acompañe a la puerta, ya sé el camino.

Empezó a andar en aquella dirección.

Al ir a cruzar el umbral, con el vaso en la mano, Jessica la llamó.

—Espere —dijo.

La rubia se volvió.

Los verdes ojos se mostraban diabólicos al mirarla.

—¿Sí…?

—¿Va a regalarme un par de muñecos más?

—Eso… pongamos que fue… una broma… y no un error como el de esa muñeca.

Jessica dio un paso hacia ella, otro, un tercero, y levantó el vaso con ánimo de lanzárselo al rostro, y quedó allí, brazo en alto, inmóvil, como convertida en piedra, oyendo su risa sarcásticamente burlona.

Del mismo modo, incapaz de moverse, la vio dar media vuelta y escuchó su airoso taconeo, pasillo adelante, y a continuación el golpe que dio la puerta cuando la rubia cruzó el umbral, alcanzó el pasillo, el ascensor y luego, minutos más tarde, la planta baja.

Ya en la calle se mezcló con los peatones hasta que alcanzó el lugar donde había estacionado su coche. Su risa, silenciosa y diabólica, fue el colofón al arranque del motor.

Segundos más tarde las luces piloto se perdían entre el incesante tráfico de aquella hora.

Arriba, en el interior de su apartamento, la inmovilidad de piedra de Jessica se rompió.

Primero se pasó una mano por la frente, la izquierda, y luego miró el vaso más que mediano de *whisky* que sostenía en la derecha.

Bebió otro poco.

Richard se estaba retrasando. Quizá… fuera cosa del tráfico.

Terminó de beber, miró a la muñeca, le dedicó una sonrisa, soltó el vaso sobre una mesita y se dejó caer en el sofá.

Nunca había soñado despierta, pero todo aquello, lo ocurrido con aquella muñeca, la casa de *mistress* Marlowe, eran… ¿eran o no

producto de su fantasía?

¿Lo era acaso el negro que Richard atropellara con su coche? ¿Lo era la muerte de aquella Sandra Tichey y su propia visita al Chinatown? ¿Y la azafata luchando con…, con…?

Volvió a pasarse las manos por la frente y miró por segunda vez a la muñeca. Le pareció que aquélla le hacía una mueca burlona, pero no podría jurarlo.

Tampoco le causaba, en aquel momento, el más ligero temor. Su mente estaba en blanco, pero ella no lo sabía.

También había dejado de pensar. En todo, excepto en una cosa: en la muñeca que parecía danzar sobre la repisa donde la depositara horas o minutos antes.

La fascinaba, no podía apartar los ojos de ella, pero Jessica tampoco se daba cuenta de aquel hecho.

Permaneció allí por espacio de unos minutos. No menos de ocho y luego, bruscamente, se puso en pie; de la repisa tomó la muñeca, con ella entre las manos entró en su dormitorio, la dejó sobre la cama, tomó el bolígrafo y un papel, garrapateó algo sobre el mismo, enfrentó a la muñeca y volvió a tomarla entre sus brazos.

En la cocina la envolvió en un papel y, con ella bajo el brazo, abrió la puerta del apartamento, alcanzó el pasillo, caminó hasta el ascensor, pulsó el botón de llamada y esperó a que alcanzara el piso donde se encontraba.

Cuando lo tuvo frente a ella entró, cerró la puerta corredera y descendió hasta la planta baja.

La portera la saludó dándole las buenas noches, pero Jessica ni contestó ni volvió la cabeza hacia ella como otras veces.

Caminó hacia la calle, y una vez sobre la acera, sin una sola vacilación, se mezcló entre los peatones.

No detuvo ningún taxi, tampoco se encaminó hacia la próxima parada del autobús, sino que continuó hacia la primera boca que daba acceso al Metro.

Jessica sacó billete en una máquina automática y, siempre con la muñeca en las manos, subió a uno de ellos…, sin saber que con aquel paso, que por contraste no sabía que lo estaba dando, iba, aquella noche, en busca de su verdadero destino.

* * *

El *living*.

Donovan, pistola en mano, se detuvo en el centro y miró a su alrededor. La muñeca, la danzarina clásica, no se encontraba allí… pero tampoco había señales de lucha ni nada fuera de lugar.

La pregunta, repentina de Wolf, le sacó bruscamente de sus meditaciones:

—¿Ocurre algo, Richard?

Donovan ladeó la cabeza para mirarle.

—No lo sé… Por lo menos, aún no.

Dio media vuelta y entró en el dormitorio; como siempre, llevando a Wolf tras sus talones.

Nada.

Ni rastro de Jessica ni de aquella muñeca que le regalara *mistress* Marlowe…, según ella misma le dijo no hacía mucho por teléfono. Pero ¿en verdad fue la propia Jessica la que habló con él?

Donovan fue a dar media vuelta para salir de la habitación cuando sus ojos tropezaron con el blanco papel que había sobre la mesita de noche.

Dio una zancada, lo tomó y empezó a leer:

> Estás tardando mucho, querido, ¿comprendes? Por eso me voy a dar una vuelta por ahí. En cuanto a esperarte abajo, en uno de los portales, la idea me seduce tan poco como hacerlo aquí, en el apartamento. Por tanto, sé un buen chico y espérame tú… Puedes tomarte un *whisky*. Pero no más de uno. Yo…, yo tardaré muy poco en volver, querido. Voy a lanzar a esa muñeca al primer cubo de basura que encuentre fuera del apartamento…

Firmaba Jessica, y era su letra. De aquello, Donovan estaba completamente seguro.

—¿Algo de particular, Richard?

Se volvió a mirarle tratando de forzar una sonrisa.

—Esta nota, John —respondió.

Se la entregó y, después de leerla, Wolf comentó, entre irónico y burlón:

—Como ves, tus historias de fantasmas y magia vudú no tienen consistencia alguna. ¿Nos vamos?

Abandonaron el dormitorio y fueron al *living*.

Una vez allí, Donovan le dio la respuesta.

—Jessica pidió que esperara aquí, y voy a hacerlo.

Wolf frunció el ceño.

—¿Quieres que me quede contigo hasta que regrese?

Donovan hizo una mueca, vaciló un poco y respondió:

—Stella estará nerviosa si tardas… y mucho más después…, después de…, de mis historias, ¿no?

—Esto tiene fácil arreglo.

Antes de que Donovan pudiera replicarle, si es que en realidad deseaba hacerlo, le dio la espalda, se acercó a la mesita donde descansaba el teléfono, levantó el auricular y disco.

Hubo unos segundos de silencio al otro lado del hilo, mientras escuchaba la señal de llamada, y a continuación recibió la respuesta:

—¿Sí…? ¿Dígame…?

Wolf se envaró.

Voz de hombre, desconocida para él… y lentamente, sin responder, como si una fuerza muy superior a la suya propia le obligara, cortó la comunicación cuando ya Donovan estaba preguntando:

—¿Ocurre algo, Wolf?

Sacudió la cabeza.

—Me equivoqué al marcar. Eso es todo.

Donovan se puso en pie y avanzó hacia él.

—¿Por qué no tratas de llamar otra vez?

—Es… lo que voy a hacer.

Levantó una vez más el auricular y marcó.

La voz era de hombre, también desconocida para él, pero distinta a la anterior, por lo que sus músculos se crisparon bajo la tela de las ropas que llevaba puestas.

—¿Dígame…?

Wolf tardó varios segundos en contestar.

—Creo…, creo que volví a equivocarme de número…

—¡Espere!

Se envaró.

A su lado, Donovan trataba de escuchar la conversación, acercando su oído al auricular.

—¿Sí…?

—¿A qué número ha llamado, por favor…?

Recelando ya algo, Wolf lo dio rápidamente.

—No se equivocó, amigo. Es este número.

—¿Quién es usted?

—Policía.

—¿Qué…?

Al otro lado hubo un ligero silencio que se cortó bruscamente con una tercera voz:

—Soy el teniente Alf Lancaster, del departamento de Homicidios. Y usted, ¿quién es?

Wolf, sin saber por qué, tragó saliva.

—John Wolf, teniente. ¿Puede decirme qué hace usted en mi apartamento?

—Se trata de su esposa. Sufrió un accidente y… Wolf soltó el auricular sobre su soporte, cortando la comunicación y sus ojos se clavaron con insistencia aterradora en el rostro de Donovan.

—¿Qué fue lo que…?

—Stella —y su voz era ronca—. Sufrió un accidente. La policía está en…

Donovan soltó una maldición.

¡La muñeca!

¡La danzarina vudú!

Y con aquello olvidó a Jessica, la nota que ella le dejara, y con el arma en el bolsillo del pantalón corrió hacia la puerta, pero ahora llevando a Wolf por delante de él.

Utilizaron el ascensor hasta la planta baja, corrieron por el pasillo, ante los ojos asombrados de la portera que no recordaba, que no pudo recordar la salida de Jessica, y alcanzaron la calle.

En escasos minutos más tarde, con Donovan al volante, ambos volaban sobre el asfalto camino del apartamento de John Wolf.

CAPÍTULO IX

Un uniformado policía trató de impedirles el paso tan pronto como hicieron ademán de entrar en el apartamento.

Wolf le cortó en seco.

—Me llamo John Wolf, y ese apartamento es el mío. Mi mujer…

El policía le interrumpió.

—Entre, míster Wolf —dijo—. El teniente Lancaster está dentro, y posiblemente esperándole a usted —miró a Donovan y agregó—: Su acompañante tendrá que quedarse fue…

—No lo creo yo así, agente —cortó secamente, con impaciencia —. Es amigo mío, y mi abogado. El abogado de la familia.

El policía se hizo a un lado y cruzaron el umbral.

Lancaster, grueso, macizo, de cuello de toro, fuerte como un roble, se encontraba en el *living*, con la danzarina vudú en las manos.

Una muñeca negra cuya expresión era de sarcasmo, de insana alegría… Como si se burlara de ellos dos, porque no se podían explicar la verdad, porque no podían decir nada, como no fuera una sarta de más o menos bien hilvanadas mentiras.

—¿Quién es usted?

—Me llamo John Wolf, teniente. Hace muy poco hablé con usted por teléfono. Mi mujer… ¿Dónde está Stella?

El teniente hizo una mueca.

—Al parecer —dijo fríamente—, se suicidó.

—¿Que se sui…? Vamos, teniente, no me diga más…, más…

—En ese caso, míster Wolf, ¿quiere decirme qué nombre le daría usted a una persona que se lanza por una ventana al vacío desde una altura de doscientos y pico pies? ¿Asesinato? Si lo cree así, puedo decirle que…, que el Departamento de Homicidios descarta esa última posibilidad. Aquí no hay más huellas que las suyas… y la de dos hombres… que pueden ser las suyas propias y… la de otro

más… que pudo o no empujarla…, pero como digo… descartamos esa posibilidad, por el momento.

Donovan intervino en aquel momento.

—Tal vez sean las mías.

Lancaster arqueó una ceja, dio un paso y soltó la muñeca negra sobre una mesita.

Enfrentándosele ya, preguntó:

—¿Cómo está tan seguro, míster…?

—Richard Donovan, teniente. Abogado, amigo de la familia… y…, y… Bueno, esta tarde estuve aquí. *Mistress* Wolf se encontraba sola, por lo que tomé un *whisky* en su compañía… y esperé a que John llegara. Luego estuvimos hablando los tres… y puedo jurarle que cuando nos despedimos los dos de ella, *mistress* Wolf no era la viva estampa del que va a suicidarse, teniente.

—¿Tiene otra explicación para hacerme cambiar de parecer?

Obrando de modo independiente a los dictados de su cerebro, los ojos de Donovan fueron a la muñeca vudú.

La expresión de su rostro de trapo le crispó al mismo tiempo que le aterrorizó.

Cierto que podía decir muchas cosas, cierto también que el propio Wolf, luego de lo ocurrido, en unión de Jessica, podían corroborar su historia… y no menos cierto que podían…, podían ir a hacerle una visita a *mistress* Marlowe, todo lo cual se le antojaba ridículo, absurdo…

—¿La tiene, míster Donovan?

Le miró sacudiendo la cabeza.

—No —dijo secamente—. Ojalá la tuviera…, lo que no quita que para mí la idea de un suicidio sea completamente absurda.

El teniente ya no le escuchaba, había vuelto la cabeza para mirar a Wolf, que en aquel momento preguntaba:

—¿Dónde la llevaron, teniente?

Lancaster hizo una mueca de desagrado.

—A la Morgue, míster Wolf —respondió—. Si quiere verla… Bueno, el espectáculo no es muy…, muy agradable que digamos.

Wolf le miró vacilante y, tras ligera duda, respondió con voz ronca:

—No. Deseo…, deseo conservar su recuerdo como…, como cuando la vi por última vez.

Lancaster no respondió, dio media vuelta y fue hacia la puerta. Con la mano en el tirador se volvió a mirarles.

—Espero verles en la encuesta preliminar —dijo.

—Estaremos allí, teniente.

—Gracias… y… lo siento. Buenas noches.

Salió dejándoles solos.

Durante unos segundos, el silencio más absoluto reinó entre los dos. Un silencio que Donovan cortó con una pregunta:

—¿Quieres algo de beber, John?

Wolf hizo una mueca.

—Sí —se dejó caer en uno de los sillones—. Confieso que me está haciendo falta.

Su voz era ronca, casi irreconocible para el propio Donovan, que dio media vuelta y sin pronunciar otra palabra se acercó al bar, pasó al otro lado de la pequeña barra, tomó dos vasos, la botella de *whisky* y escanció licor.

La verdad era que a él también le estaba haciendo falta un buen trago.

A su espalda, Wolf miró a su alrededor, hasta que sus ojos se quedaron fijos en los de la muñeca vudú. En la expresión burlonamente sarcástica de su rostro de trapo, y lanzando una ahogada exclamación, que sorprendió a Donovan, se puso en pie de un salto, tomó la muñeca entre las manos y casi corrió hacia una de las ventanas.

—¡Sucia! —fue lo que dijo—. ¡Maldita seas una y mil…!

La lanzó a la calle y se volvió a mirarle.

Muy cerca de él, Donovan le ofrecía uno de los vasos.

—¿Más tranquilo? —inquirió.

Wolf hizo una mueca.

—No puedo…, no podré olvidar esto, Richard —dijo. Bebió un poco y continuó—: Quisiera…, quisiera saber qué fue lo que en realidad ocurrió aquí.

El rostro de Donovan estaba grave cuando respondió:

—Fue…, fue esa muñeca, John. La historia es…, es…

El gesto de Wolf le interrumpió.

—Esos cuentos de magia, de brujería…, de vampiros incluso, con Drácula a la cabeza, no me van, Richard…, y menos en la época en que vivimos. Tendrás que darme otra explicación más…, más

verosímil…

—No la tengo —repuso Donovan secamente, bien a su pesar—. No… lo crees…, pero tú lanzaste por la ventana a esa muñeca.

—Fue… algo instintivo. Algo, un impulso que no pude controlar. —Se pasó la mano por la frente y continuó—: Quiero…, quiero estar solo, Richard. No es que te eche, pero…, pero…

—Te comprendo —cortó Donovan—, pero no me gusta.

—¿Qué es lo que no te gusta?

—Eso: el dejarte solo. La pobre Stella…

Wolf hizo un nuevo gesto con la mano y Donovan se interrumpió.

—Correcto —dijo—. No te sulfures, que ya me voy.

Apuró el vaso de *whisky* de un sorbo, lo depositó sobre la mesita y dando media vuelta se acercó a la puerta. Wolf le alcanzó cuando ponía la mano sobre el tirador.

—Richard…

—¿Sí…?

Los ojos de Wolf eran oscuros.

—Te telefonearé mañana. ¿Dónde podré encontrarte?

—En mi despacho, como siempre.

No quiso nombrar a Jessica, sabiendo que aquello sería doloroso para él. Sabiendo que le haría recordar a Stella aún con más intensidad.

—Buenas noches, John —añadió—. Trata de descansar.

—Es… lo que intentaré hacer. Tomaré un sedante…

—Es una buena idea.

Abrió la puerta.

—Buenas noches, Richard.

Donovan hizo un gesto con la mano, y empezó a andar hacia el ascensor, cuyo botón de llamada pulsó a continuación.

Luego… tuvo la fugaz visión de John Wolf, en el centro de la puerta de su apartamento, con el *whisky* en la mano, observándole, hasta que al empezar a descender dejó de verle.

Salió a la calle, anduvo hasta su coche, se situó frente al volante, dio el encendido, embragó y tomó la dirección del apartamento de Jessica Randall, diciéndose que la muchacha ya debería haber regresado de su paseo…

Diciéndose asimismo que le estaría esperando, tan impaciente

por verle como él mismo.

* * *

Terminó de cerrar la puerta del apartamento, corrió los cerrojos y se encaminó al *living*.

Solo, espantosamente solo.

Eso fue lo que pensó, lanzando una mirada a su alrededor, con los ojos carentes de expresión, hasta que los detuvo en la puerta que daba acceso al dormitorio que desde hacía dos años compartía con su mujer, con la que en vida se llamó Stella Buchanan; Stella Wolf por su matrimonio con él.

Se llevó el vaso a los labios pensando que…, que tenía que entrar allí a por un par de mantas y a por un sedante.

Aquella noche, y tal vez muchas más, dormiría en el sofá del *living*, hasta que se acostumbrara a la soledad, a la ausencia de Stella.

¿Un suicidio…?

La policía opinaba así. Él… no lo sabía. Su mente estaba hecha un completo caos. La muñeca negra, la danzarina vudú… y Donovan. Su amigo Richard Donovan la había dejado allí, en el apartamento…, pero aquello, aquel pensamiento era horrible.

¡No…! ¡No, ni mucho menos! Una muñeca de trapo no mata, no asesina. Stella tuvo que caerse de algún modo por la ventana hasta la calle. El suicidio no era…, no era una idea que le entrara en la cabeza a pesar de lo que pudiera pensar la policía.

Stella y él eran felices; lo habían sido siempre, lo fueron hasta…, hasta aquella noche.

La muñeca negra, aquella *mistress* Marlowe… y Donovan con una historia que más que terrorífica era para él en extremo ridícula. Tan ridícula como increíble.

Era…

Wolf dejó de pensar y se pasó la mano izquierda por la frente. Transpiraba; empezaba a sudar. Y lo cierto…, lo cierto era que todo aquello estaba empezando a ponerle nervioso.

¡Maldito fuera Richard Donovan y sus historias de fantasmas, de muñecos que andan, que se mueven…, que matan!

¡Maldito fuera él y su magia negra! ¡Y en pleno siglo veinte! ¡Increíble de todo punto!

Wolf maldijo entre dientes, elevó el vaso hasta sus labios y terminó con el licor. A continuación se inclinó, soltó el vaso junto al que dejara minutos antes Donovan, y avanzó hacia la puerta del dormitorio.

No llegó.

Aquélla, empujada desde dentro, se abrió, y la niebla, la bruma, formando anillas en el suelo, tirajos retorcidos como serpientes, empezó a avanzar hacia él, hacia el interior del *living*, enroscándose primero en las patas de las mesas, en los sillones, en el sofá, para continuar elevándose más y más hacia él…

Las luces de la lámpara eléctrica se iban volviendo cada vez más difusas.

Wolf dilató los ojos y retrocedió un paso, pasándose por segunda vez la mano sobre la frente.

Había sombras en la niebla… Lo supo cuando volvió a mirar la puerta de acceso al dormitorio. Sombras que se movían, que cada vez eran más difusas, más claras…

Y el «ji, ji, ji» también claro, preciso, cascado, viejo, muy viejo, milenario, y el sonido de un bastón hasta que la niebla se apartó.

Vieja, muy vieja, tanto o más que su risa, el bastón en su mano, encorvada, arrugada como un pergamino, desdentada, pero con ojos encendidos, jóvenes, brillantes, satánicamente burlones.

—¿Quién es usted? ¿Qué…, qué significa esto…?

La risa, la misma cascada, diabólica y vieja risa fue la respuesta que obtuvo, y Wolf retrocedió otro paso.

La mente se le nublaba, notaba frío en el rostro y se dijo que estaba palideciendo, que su rostro se estaba quedando sin sangre.

El sonido del bastón llenaba su mente… y continuó retrocediendo, pensando de modo inconsciente que a su espalda, cerca, muy cerca, se encontraba el teléfono.

Fue entonces cuando vio que la vieja no estaba sola… y ni siquiera pensó cómo era posible que estuvieran allí, en el interior de su dormitorio, en el dormitorio de Stella, los tres.

Un piloto de aviación y un oficial de marines.

La niebla se espesaba envolviéndoles en su avance inexorable hacia él.

Dio otro paso hacia atrás. La niebla, la bruma se abrió delante de ellos y entonces pudo ver sus rostros con claridad.

El piloto de aviación le miraba sarcástico, con una burla en los ojos y en la boca, diabólico en su silencio, en su avance… y desvió los ojos, y entonces gritó:

—¡No! ¡Eso no! —estaba repitiendo las palabras que no hacía mucho pronunciara Stella en su apartamento, pero esto él no lo sabía—. No… ¡Nooo!

Porque delante de él tenía a la muerte, vestida de oficial de marines.

Su calavera, las cuencas vacías, desdentado, cuyos dedos de las manos, de uñas largas, desmesuradas, sin piel, sin carne, sostenían la guadaña, cuya hoja de acero rascaba el suelo.

Saltó lanzándole un tajo e hizo un quiebro.

Wolf notó el aire al desplazarse junto a su rostro y con los ojos dilatados por el espanto, por el terror casi animal que empezaba a sentir, volvió la espalda y se situó al otro lado de la mesa.

El graznido de la vieja *mistress* Marlowe, su risa cascada y lejana le llenó aún de más pánico que la muerte que continuaba acercándose, paso a paso, con lentitud inexorable, a él.

Fue entonces cuando su mano cayó sobre el auricular del teléfono, que levantó a continuación.

CAPÍTULO X

Se detuvieron en seco.

Era un respiro… o por lo menos Wolf lo creía así. Frenéticamente, temblando, bajó los ojos que le contemplaban a través de las cuencas vacías del oficial de marines, los verdes y brillantes de *mistress* Marlowe y los inexpresivos del oficial piloto, gimiendo, pero sin darse cuenta de ello, Wolf empezó a marcar, con el oído pegado al auricular.

—¿Sí…? Policía, dígame.

Tragó saliva, con la lengua pegada al paladar, incapaz de pronunciar palabra por el momento, transpirando por todos los poros de su cuerpo.

Frente a él, ninguno de los tres se movía. La niebla parecía espesarse de nuevo y las figuras se desdibujaban en sus retinas.

—Policía. Vamos, hable. ¿Qué es lo que quiere?

Hizo un esfuerzo, luchando consigo mismo, con el terror que le embargaba, mirando, tratando de mirar por entre la niebla, pero no lo consiguió.

Ahora no les veía. El sonido del bastón de la vieja, el ruido del acero rozando el suelo, de la guadaña, no se oía tampoco.

—Me… me… me llamo John… John… Wolf y… y me están atacando en mi apartamento… Es… es la muerte… La vieja… y la muerte.

—Oiga, ¿está borracho?

—Es…, es… la muerte con la…, con la… guada…

La niebla se iba.

Frente a él, a través de la misma, vio los ojos verdes, grandes, inconmensurables, sin faz alguna, que parecían lanzar llamas a través de las cuencas y mucho más allá, a la derecha, el estilete que ahora empuñaba el piloto de aviación.

Sin soltar el auricular, con el rostro desencajado, fascinado por

aquellos ojos, Wolf trató de mover la cabeza… El ruido, a su izquierda, muy cerca de él, de acero contra el linoleum del suelo, le hizo mirar, y entonces chilló.

Porque la muerte, con su uniforme de oficial de marines, le mostraba sus descarnadas encías en una risa que sólo oía él, pero que lo invadía todo…

—No… ¡Noooo…!

Volvió a gritar cuando la muerte levantó la guadaña, hizo un nuevo quiebro y soltando el auricular corrió hacia la puerta, buscando la salida del apartamento.

La risa satánica de *mistress* Marlowe le persiguió hasta allí.

Wolf, notando, oyendo el sonido del bastón, el ruido del acero, y también el roce de los pies de los muñecos tras él, descorrió los cerrojos y abrió la puerta.

Salió mirando hacia atrás.

La niebla, los grises tirajos de bruma salían tras sus pasos por la puerta abierta del apartamento y frenéticamente, con los ojos desorbitados, entrechocando los dientes, avanzó en tres zancadas hacia el ascensor.

Si pudiera alcanzarlo…

Siempre detrás, por el iluminado pasillo, llevando a la vieja en el centro, los dos muñecos avanzaban también hacia allí, paso a paso, silenciosos, sombríos, inexorables… dejando a sus espaldas tirajos, jirones de niebla gris, sucia.

Wolf se detuvo, miró hacia atrás, se llevó una mano a los ojos en tanto que con la otra tanteaba la puerta del ascensor, que abrió, y con un inarticulado grito de alegría saltó al interior… y su grito se convirtió en un alarido infrahumano cuando su cuerpo cayó al vacío, por el hueco, para segundos más tarde ir a estrellarse contra el techo de la caja del ascensor, destrozado por completo.

En el pasillo, la vieja *mistress* Marlowe había desaparecido.

En el suelo, los dos muñecos se miraron. El estilete había desaparecido de las manos del uno y la guadaña de las del otro; volvieron a mirarse, y a continuación corrieron por el pasillo, a la inversa, buscando un lugar a propósito para poder salir del edificio, como otras veces, por la escalerilla de incendios.

En el interior del apartamento, el auricular del teléfono se balanceaba pendiente de su cordón a media altura, entre la mesa y

el suelo.

—Policía… Vamos, hable. ¿Qué es lo que ocurre? ¿Qué le ha pasado a usted…?

El silencio era lo único que contestaba al precinto número ocho de Chicago…

* * *

—¿Qué le parece que ha ocurrido aquí, sargento?

Había terminado de registrar el apartamento de los Wolf, luego de hallar el cadáver de John destrozado sobre el ascensor, y ahora, en el *living*, con el auricular del teléfono que encontró colgando de su cordón, balanceándose suavemente de un lado para otro, el teniente Lancaster formuló la pregunta, con aire perplejo, descentrado.

Lass Borden hizo una mueca, lanzó una larga mirada a su alrededor y contestó, ya con los ojos fijos en el teniente:

—Para mí es sencillo.

—¿Sí…?

Había burlona ironía en la pregunta del teniente de Homicidios, pero Borden no se desconcertó por aquello, pues contestó con perfecta calma:

—Perdió la cabeza y se lanzó por el hueco del ascensor. Fíjese bien, teniente; apenas si hacía dos años que estaba casado, y se llevaba perfectamente con su mujer. Estaba enamorado de ella…, muy enamorado según nos han dicho y la perdió. Un suicidio. Apuesto a que se preguntaba qué era lo que le ocurrió a su mujer para llegar a este extremo —señaló uno de los vasos de *whisky*, que aún continuaban sobre la mesita, y añadió—: Se sentó ahí, en el sofá, o en uno de los sillones, aunque por la posición de los vasos creo que lo hizo en el sofá. Se tomó el *whisky* y, en tanto lo hacía, repasó mentalmente su vida matrimonial hasta esta noche. Tal vez encontró en su mente un motivo que no sabemos; un motivo culpable, lo suficientemente fuerte como para obligar a *mistress* Wolf a saltar por la ventana al vacío y… y… perdió los nervios lanzándose por el hueco del ascensor.

—¿Así de sencillo?

—Así de sencillo, teniente…, si usted no tiene otra cosa mejor.

No, no la tenía por el momento. Sólo un nombre: el de Richard Donovan, abogado.

Que fue el último, la última persona que vio viva a míster John Wolf… y se imponía hablar con él.

Siempre con el auricular en la mano, miró al sargento y ordenó:

—Busque por ahí a ver si me encuentra una guía telefónica.

—¿Y…?

—Vamos, haga lo que le digo, sargento. Tengo que hacer una llamada urgente.

Tras lanzar una nueva y larga mirada a su alrededor, Borden encaminó sus pasos hacia lo que le pareció sería el despacho de los Wolf.

A su espalda, Lancaster depositó el auricular sobre su soporte. Apenas si lo hubo hecho, el timbre del teléfono empezó a sonar.

Con una mueca, el teniente de Homicidios se lo llevó al oído, luego de descolgarlo, y preguntó:

—¿Quién es? ¿Dígame…?

Desde el otro lado del hilo no le dieron tiempo para más, ya que empezaron a hablar atropelladamente.

* * *

Donovan detuvo el coche frente al edificio de apartamentos donde Jessica tenía el suyo, descendió y llegó a la puerta que daba acceso a la escalera justo en el momento en que la portera se disponía a cerrarla.

Le sonrió al verle.

—Buenas noches, míster Donovan —dijo.

—Buenas noches, *mistress* Ricks —devolvió el saludo—. ¿Sabe si *miss* Randall ha regresado ya?

La portera frunció el ceño, como si estuviera haciendo un esfuerzo inusitado por recordar, y acto seguido se llevó la mano a la frente en un gesto maquinal:

—Creo… que… que le dije que no la vi salir, ¿verdad?

Donovan, al recordar repentinamente, arqueó levemente una ceja.

—Si, así es.

—Bueno, la verdad es que…, que lo olvidé. Sí salió. La vi, llevaba un paquete en la mano, envuelto en un papel, y ni siquiera me saludó cuando… le di las buenas noches.

Donovan hizo una mueca.

—Y no ha vuelto aún, ¿verdad?

—No. Por lo menos yo no la he visto.

Donovan dio las gracias, apresuradamente fue al ascensor, y tres minutos más tarde se encontraba corriendo por el pasillo.

Frente a la puerta se detuvo y la tanteó con las manos. Estaba cerrada, por lo que suspiró un tanto satisfecho.

Mistress Ricks le había dicho que…, que no vio regresar a Jessica…, pero tampoco la vio salir según su primera declaración…, lo que muy bien podía significar que la muchacha hubiera vuelto.

Levantó el brazo y pulsó el zumbador.

El silencio le contestó.

Donovan dejó transcurrir unos cuantos segundos más y llamó por segunda vez con idéntico resultado.

Hubo una tercera llamada y sólo entonces introdujo la mano en el bolsillo del pantalón y sacó la llave que ella le diera.

Se franqueó el paso, tanteó junto al marco, buscando el interruptor de la luz y la encendió, cerrando luego a su espalda.

Caminó hacia el *living*, cuyas luces también encendió.

El silencio que reinaba se le antojó sobrecogedor.

Fue al dormitorio; el papel que Jessica le escribiera todavía estaba allí, donde él lo dejó, cuando abandonó el apartamento en unión de Wolf.

Un paquete en la mano…

Dijo que iba a lanzar a la danzarina a cualquier cubo de basura que encontrara… o tal vez al lago Michigan…, o a cualquier desagüe.

Fuera lo que fuese, Jessica estaba tardando demasiado. Jessica y aquella nueva muñeca, con sus prendas de nylon, sus medias blancas y sus zapatillas no menos blancas. Zapatillas de bailarina…

Para bailar cualquiera sabía qué clase de danza… clásicamente infernal…, teniendo al vudú como colofón.

Donovan maldijo, dio media vuelta, abandonó el dormitorio y fue al *living*, directamente al bar.

Pasó al otro lado de la pequeña barra, se preparó un *whisky*, consultó el reloj, sacó la automática del 22, comprobó la carga, la guardó con una mueca, volvió a mirar la esfera de su reloj de pulsera, lo comprobó con el que había colgado en una de las paredes del *living* y con otra mueca tomó el vaso y bebió.

Al terminar, sus ojos descansaban sobre el teléfono.

En aquel momento estaba pensando en Wolf y en la trágica muerte de Stella.

¡Un suicidio según la versión de la policía!

¡Bah, estaban locos al creerlo así!

Donovan rodeó la barra a la inversa, dejó el vaso de *whisky* junto al teléfono, miró por tercera vez su reloj, y como obedeciendo a un impulso repentino tomó el auricular y lo levantó.

Wolf dijo que iba a tomar un sedante…, pero la verdad es que no estaba tranquilo. Ni por él, luego de la muerte de Stella, ni por la ausencia de Jessica.

Empezó a marcar.

Al otro lado del hilo hubo unos segundos de silencio y luego tomaron el micrófono.

—¿Quién es…? ¿Dígame?

—Escucha, John —dijo sin pensar mucho en quién era el que contestaba—. Te telefoneo desde el apartamento de Jessica. Ella aún no está…

—¿Richard Donovan…?

Se sobresaltó, interrumpiendo su verborrea cuando oyó la pregunta.

—Sí, así es —respondió con voz cauta—. ¿Y ahí…?

—Lancaster, del departamento de Homicidios.

Donovan contuvo la respiración.

—¿Teniente…?

—¿Sí…?

—¿Qué es lo que ocurre? ¿Qué le ha pasado a John…?

—Se mató —repuso Lancaster brutalmente—. Se tiró de cabeza por el hueco del ascensor. Y yo quiero hablar con usted. ¿Quién es esa Jessica…?

—Una amiga mía, teniente. ¿Cómo ocurrió lo de…?

Lancaster le interrumpió:

—Llamó al precinto… dijo algo como…, como que le estaba

atacando la muerte y… y dejó el teléfono descolgado. Uno de mis hombres, el que habló con él por teléfono, dice que le oyó gritar… y luego… Cuando llegamos, todo había terminado, míster Donovan. ¿Qué puede decirme de esto…, si es que sabe algo?

Donovan se miró las uñas de la mano izquierda, pensativamente.

—¿Saber…? —inquirió a su vez—. Oiga, teniente, ¿por qué no viene aquí?

Al otro lado del hilo se hizo el silencio, largo, pesado, por lo menos eso fue lo que le pareció a Donovan, hasta que por fin se rompió:

—Deme las señas, míster…

Donovan se las dio y luego, sin esperar respuesta, cortó la comunicación y con el vaso en la mano fue a sentarse en uno de los sillones.

Cerró los ojos.

Pensaba en Jessica Randall y en su inexplicable ausencia.

Bebió un poco, después de abrirlos, para lanzar una vaga mirada a su alrededor.

Nunca supo cuánto tiempo permaneció allí, pensativo, nervioso, dudando entre hacer o no, entre poner en proyecto o no la idea que se le había ocurrido, la que se le ocurrió tan pronto como entró en el apartamento, hasta que el timbre de la puerta, sobresaltándole, empezó a sonar.

CAPÍTULO XI

Se puso en pie casi de un salto, soltó el vaso y caminó hacia la puerta, con la mano hundida en el bolsillo del pantalón, acariciando nerviosamente la culata de la 22.

Frente a la puerta se detuvo, miró por el visor y luego franqueó la entrada, con los ojos fijos en el sargento Borden.

—Es mi ayudante, míster Donovan —dijo Lancaster, interpretando debidamente la expresión de sus ojos—. Estaba conmigo en el apartamento de míster Wolf cuando usted llamó, y me lo traje para acá. ¿Podemos pasar?

Donovan se apartó a un lado.

—Entren, teniente —dijo.

Cerró a espaldas de los dos y les condujo al *living*, donde con un mudo gesto les indicó que se sentaran.

—¿Algo de beber? —preguntó.

Lancaster negó con la cabeza.

—No, gracias —dijo. Hizo una ligera pausa y pregunte—: ¿Qué sabe de todo esto, míster Donovan?

Se llevó el vaso a los labios y bebió antes de dar la respuesta; que se tradujo en una pregunta:

—¿Descubrieron al asesino de *miss* Tichey…?

Lancaster casi se puso en pie.

—¡Qué diablos…!

—Sólo voy a decirle una cosa, teniente —la voz de Donovan cortaba—. Que esto de ahora, más otras cosas de las que usted no está enterado, son consecuencias de ese asesinato. Es decir…, la continuación del mismo…

—¿Sí…? Explíquese, ¿quiere?

Donovan apuró el resto de su *whisky*, sabiendo positivamente lo que iba a ocurrir tan pronto como formulara su siguiente pregunta.

—¿Cree en brujerías, teniente…?

—¿En…, en…?

La carcajada de ambos hombres no le sorprendió, ya que la esperaba.

—Oiga, míster Donovan, ¿qué es esto, una broma?

—Ojalá lo fuera, teniente.

—En ese caso, ¿por qué no habla claro de una vez?

—Eso intento, si deja de reírse… y si me promete no utilizar ese teléfono.

—¿Por qué el teléfono?

Donovan hizo una mueca.

—Posiblemente para llamar a una ambulancia —contestó un tanto fríamente.

—Correcto. Y ahora, ¿por qué no lo suelta de una vez? ¿Qué significa eso de brujería?

Ni siquiera lo sabía. Tampoco podía afirmarlo. ¿Alucinaciones…? Tampoco había respuesta para aquello, ni explicación posible. Sólo unos hechos que…

La pregunta del teniente Lancaster le interrumpió.

—¿Por qué no terminamos de una vez, míster Donovan? —inquirió—. ¿Qué hay de esa brujería…, del asesinato de *miss* Tichey?

Donovan entrecerró los ojos, se recostó contra el respaldo del sillón en que se sentaba, y contestó con el pensamiento puesto en Jessica Randall:

—La cosa, para nosotros…, para mí y para la dueña de este apartamento donde ahora nos encontramos, empezó cuando atropellé con el coche a un muñeco de trapo, en medio de la calle. Un muñeco que iba cubierto materialmente de sangre, a cuyo lado había un estilete. Algo fuerte, de doble filo, y grueso…, grueso como si fuera una aguja de hacer media, si me entiende usted.

—¿Dónde está ella?

—¿Quién…?

—La dueña de este apartamento.

—Se llama Jessica Randall —replicó Donovan—, y según una nota que me dejó, salió a dar un paseo. Una nota que menciona a una muñeca. A una de esas danzarinas de baile clásico. Algo así como si…, como si se dispusiera a bailar el *Lago de los cisnes*…, o una de sus partes. Tal vez la Muerte del cisne, porque esa muñeca la

lleva consigo.

Calló, observándoles atentamente, pero no pudo sorprender en el rostro de ambos lo que indudablemente estaban pensando de todo aquello.

Y una vez más, Lancaster cortó el hilo de sus pensamientos.

—Continúe, míster Donovan —apremió—. ¿Qué ocurrió después?

Con palabras claras, concisas, de abogado, de letrado inteligente, fue desgranando para aquellos oídos toda la increíble historia, todos los increíbles sucesos en los que se había visto envuelto sin proponérselo.

Al terminar, Lancaster rompió el silencio con una pregunta:

—¿Cómo dijo que se llamaba esa vieja…?

—Marlowe. *Mistress* Marlowe. El nombre no lo conozco.

No se reían; estaban sorprendidos por aquello, pero ni se burlaban ni se reían.

Tampoco sonó burlona la voz del teniente de Homicidios cuando ladeó la cabeza para mirar al sargento Borden.

—¿Ha oído hablar alguna vez de una mujer…?

—Sí, claro. Una vieja llamada Alma. Tiene un almacén de muñecos en el Chinatown. Algo completamente inofensivo, teniente. Nunca hubo la más ligera queja de ella. Es… un almacén… o una tienda sucia, casi maloliente…, como lo que hay por aquel barrio.

Lancaster se puso en pie y Donovan no se movió. Le miraba, pensando, esperando algo, que no tardó en llegar.

—¿Me permite una pregunta, míster Donovan?

El rostro del aludido no cambió.

—¿Y es…?

—¿Cuántos *whiskys* se ha tomado antes de contarnos esa historia?

Donovan forzó una sonrisa.

—Más de una docena, teniente —mintió con cinismo—. Me iba a la cama cuando se me ocurrió llamar a míster Wolf para preguntarle cómo se encontraba. Ahora…, ahora lamento haberle dejado solo. Buenas noches, teniente…, y… perdone.

Lancaster lanzó una mirada de soslayo a Borden.

—Tenga cuidado para lo sucesivo con esas historias —dijo—. A

la policía no nos gustan cierta clase de bromas… y la próxima vez… Bueno, procure que no haya una próxima, ¿comprende?

Ni siquiera contestó.

Tampoco fue tras ellos para acompañarles a la puerta de salida; se quedó allí, en el sillón, con los ojos fijos en el vacío vaso de *whisky*, hasta que oyó cerrarse la puerta, posiblemente a espaldas de los dos policías.

Entonces se puso en pie, y por segunda vez aquella noche, fue al mueble bar para prepararse un *whisky*.

Al terminar, y también una vez más, miró la esfera luminosa de su reloj de pulsera, y maldijo entre dientes.

En cualquier rincón, en cualquier calleja, posiblemente del Chinatown, Jessica estaría muerta, sobre el asfalto, sobre una acera o en el centro de una sucia calleja, con un estilete clavado en… en la yugular…

Maldijo de nuevo, soltó el vaso sin tocar el licor, extrajo la automática, la examinó una vez más y puso una bala en la recámara. Hecho esto la guardó en el bolsillo y sin mirar el *whisky* que se había servido atravesó el *living*, fue al dormitorio, tomó el papel que Jessica le escribiera, lo guardó en el bolsillo y abandonando el apartamento salió a la calle.

No vaciló.

Rectamente, sin lanzar una mirada a parte alguna, Donovan alcanzó su coche, subió, y lo puso en marcha.

Detrás suyo, un sedán «Buick» pintado en negro se despegó del bordillo y fue tras él, pero ni siquiera se dio cuenta del hecho.

Tres cuartos de hora más tarde lo detuvo, cerca ya del almacén de juguetes o de la tienda de *mistress* Alma Marlowe. ¿O no era aquél el nombre que usó el sargento Borden, del Departamento de Homicidios?

Se encogió de hombros mientras pasaba la 22 del bolsillo del pantalón al derecho de la americana.

Entonces abandonó el coche.

Sobre la acera, Donovan tampoco dudó.

Empezó a andar, paso a paso, inexorable como los propios muñecos, hacia la sucia y pequeña tienda.

Aquella noche, dentro de unos minutos tal vez, él también iba a cometer un asesinato, para evitar unos cuantos más… No le

importaba que la policía luego de lo hablado Lancaster, le relacionara con aquel crimen. No, no le importaba en modo alguno; su conciencia estaba tranquila. Donovan sabía que a la corta o a la larga, aquélla no le acusaría.

No, jamás lo haría.

Se detuvo como la primera vez, el otro lado de la tortuosa calleja, y clavó los ojos fríos en el letrero que había sobre la puerta. Tras los cristales la oscuridad más absoluta reinaba en el interior de la tienda.

Donovan, llevando ahora la automática en la mano, pero en el interior del bolsillo, empezó a atravesar la calle.

La puerta…

Entornada, abierta…

Vaciló ahora, pero su duda duró muy poco; cuestión de segundos, y a continuación cruzó el umbral.

Al otro lado buscó el interruptor de la luz y la encendió.

No le importaba que se viera desde la calle, a aquella hora de la noche nadie circularía por allí. Ni un simple patrullero. Él también conocía el Chinatown y su vida nocturna.

Sus ojos fueron recorriendo las estanterías, y por fin quedaron fijos en las danzarinas vudú, viendo que las parejas estaban completas, cosa que no le sorprendió.

Miró más allá, hacia la puerta que daba a la trastienda, abierta de par en par, como una invitación, como un mortal desafío para él y para todo aquel que se atreviera a cruzarla.

¿Y Jessica? ¿Dónde estaba Jessica?

Empezó a traspirar e hizo un esfuerzo, luchando consigo mismo por no retroceder, por no dar media vuelta y abandonar la tienda para luego ir a perderse por ahí, por el tortuoso y sucio dédalo de callejuelas y olvidarse de todo, incluso de Jessica y de los motivos por los que se encontraba allí.

Tenía miedo; el terror empezaba a invadirle y apretó aún más la culata del arma.

Luego, con un esfuerzo que pareció dejarle completamente agotado, empezó a andar, rodeó el pequeño mostrador y cruzó la puerta de la trastienda.

Al otro lado vio la estancia que ya viera Jessica, las muñecas, las cajas con serrín y paja… y otra puerta más. Allá al frente, muy

cerca de él.

Sacó la automática y con el dedo crispado sobre el gatillo entró en la habitación… y no tuvo nada más que ojos para ella.

Jessica estaba allí, con la cabeza inclinada a un lado y los ojos cerrados, pero respirando suavemente.

Desde allí podía ver nítidamente el movimiento de sus pechos… y avanzó hasta ella, pero no llegó, porque viniendo de su espalda oyó el sonido del bastón y la risa cascada y agorera de *mistress* Marlowe.

Se volvió con el arma en la mano, apuntándole al pecho.

Los opacos ojos de la vieja se encendieron en una llamarada y Donovan desvió los suyos, justo cuando hasta sus oídos llegaban sus palabras.

—No la toque, míster Donovan. Ella va a quedarse aquí, con la vieja *mistress* Marlowe. Voy… a obligarla…, a enseñarle todo lo que debe saber. Es hermosa y tiene…, tiene madera.

—Está usted loca.

—Todos estamos locos… y más usted, por haber venido aquí. Va a morir, ¿lo sabe? Y no quedará rastro de su cadáver. Uno… de esos muñecos… le matará. ¡Mírelos, míster Donovan! Le están observando. Vamos, vuélvase y trate de adivinar cuál de ellos será su verdugo. Le desafío a que lo haga. Vamos, mire…

No deseaba perderla de vista, no quería volverse, pero no pudo evitarlo.

Sus ojos escudriñaron los rostros malignos de los muñecos de las estanterías. El oficial de marines, el piloto de aviación…, la azafata que, con su rostro bello, casi sobrenatural, de porcelana, y sus ojos rasgados y grandes le observaba a su vez, mostrándole sus dientes menudos y pequeños en una sonrisa humana; pero en una sonrisa que estaba allí de forma perenne, que no desaparecía… y de nuevo se vio observando a la vieja, que en aquel momento se movió anteponiéndose entre él y el cuerpo, tal vez desmayado, de Jessica.

Preguntó:

—¿Qué ha hecho con ella?

—Nada, La muchacha se durmió. Cuando despierte se pondrá de acuerdo conmigo. Ella… sabrá todo lo que yo sé…, lo que puedo hacer y dominar…

Donovan levantó la pistola y su voz fue ronca cuando dijo:

—Voy a matarla a usted, y ahora. Luego…, luego me la llevaré de aquí.

Elevó un poco más el cañón, crispó el dedo sobre el gatillo y el «ji, ji, ji» de ella le taladró los oídos viendo cómo delante de sus ojos se contorsionaba convulsivamente al conjuro de la risa que la embargaba.

—¿Que usted…, que usted va a… matarme a mí? —continuó riendo unos segundos más, y añadió—: Vamos, Donovan, y usted, teniente…, sargento, vamos, aprieten esos gatillos. ¿A que no pueden? ¿Qué esperan para matar a la vieja *mistress* Marlowe?

Sólo entonces, al oírla, Donovan comprendió que de una forma u otra, el teniente Lancaster y el sargento Borden, de Homicidios, le habían seguido hasta allí.

Los miró.

Uno a cada lado, dejándole a él en medio, y también con las armas en la mano, apuntaban a la vieja.

Donovan maldijo y trató de apretar el gatillo, pero no pudo.

—Vamos, ¿a qué esperan para dejar caer las armas? Usted primero, teniente.

Donovan oyó claramente el ruido que hizo la automática al chocar contra el suelo. Trató de moverse, pero no pudo, fue a decir algo, pero la risa de la vieja le interrumpió, y luego, ante los asombrados ojos de los tres, ocurrió el hecho insólito que puso fin a aquella penúltima parte del drama que estaban viviendo.

Hubo un chispazo, una nube de humo que repentinamente la envolvió de pies a cabeza, haciéndola desaparecer de delante de sus pupilas y luego, al segundo siguiente, vieron a la rubia.

Alta, hermosa, de verdes, grandes y felinos ojos de pantera, malignos, con el largo pelo rubio cayéndole hasta media espalda, y representando apenas los veinte años.

Hermosa, muy hermosa.

A su lado, Donovan oyó maldecir a Lancaster, inmóvil como él, sin poder moverse.

Y el silencio, un silencio que la rubia cortó con su franca, fresca y juvenil carcajada, y luego con sus palabras.

—Imbéciles —dijo—. ¿Qué sabéis vosotros del Más Allá? ¿De las fuerzas que nos mueven…, de todo? Y vosotros…, vosotros habéis venido aquí para matarme, para terminar conmigo. ¡Ilusos!

Matarme… ¡a mí! —se echó a reír, para añadir a continuación—: Vais a morir los tres, y ahora. Usted va a matarlos primero, Donovan. Vamos, muévase.

Luchó y no pudo…

Lentamente, con la automática en la mano, empezó a volverse hacia Lancaster.

En una de las estanterías, la azafata se movía…

—Más de prisa, Donovan. Mátele ahora…

Terminó de volverse, elevó el cañón del arma, apuntándole a la cabeza, con la lengua pegada al paladar, consciente de lo que iba a hacer, pero sin poder evitarlo, y su dedo empezó a tensarse sobre el gatillo.

En aquel preciso momento la azafata saltó. Extendió su mano de muñeca, de marfil, hacia el oficial de marines y con un brusco gesto le arrebató el estilete, y a continuación, obrando como un relámpago, saltó asimismo sobre el hombro de la rubia; de *mistress* Marlowe.

Ella gritó agudamente, intentó sacársela de encima de un manotazo, pero no pudo, ya que el estilete llegó antes a su destino, a su garganta, una y otra vez, otra más…

Un gorgoteo, un nuevo chispazo y mientras Donovan recobraba la facultad de moverse, la vieron en el suelo, retorciéndose lo mismo que una serpiente, lo mismo que la muñeca-azafata cuyos miembros se iban separando de su cuerpo de trapo, hasta reducirse a la nada.

En las estanterías, aunque ninguno de ellos lo vio, estaba ocurriendo exactamente igual.

Con los ojos desorbitados por el espanto, en una dantesca escena, la piel de la vieja *mistress* Marlowe fue desapareciendo, retorciéndose en el suelo, para, segundos más tarde, no quedar en su lugar nada más que blancos y retorcidos huesos, apenas cubiertos por harapos… rotos, viejos, muy viejos, podridos…

El grito de Jessica volvió a Donovan a la realidad.

Se volvió como una fiera.

La muchacha se encontraba en pie, a punto de desmayarse.

Donovan no dijo nada; dio un par de pasos y la prendió de la cintura.

—Vámonos —dijo—. Ahora ya nada tenemos que hacer aquí.

Empezaron a andar; casi junto a ellos, aún con los ojos fijos en lo que quedaba de *mistress* Marlowe, Lancaster y Borden no se movían. Pero luego lo hicieron, sin consultarse, sin hablar. Dieron media vuelta y fueron tras los dos.

Hedía a muerto, a cochambre, a viejo, a podrido… a herrumbre, cuando alcanzaron la salida.

Fue allí cuando Lancaster dio el estallido.

—¡Cuernos, míster Donovan! —dijo—. Nunca dudaré de una historia por muy…, por muy…

—Entonces, si no me creyó, teniente, ¿puede decirme cómo diablos está aquí?

—Bueno… Lo cierto es que después de lo que nos contó, empecé a sospechar que tal vez usted supiera algo que no nos decía, o que estuviera complicado en esos crímenes, y nos apostamos frente a su casa. Cuando salió le seguimos hasta aquí… y eso es todo.

Donovan, siempre llevando de la cintura a la silenciosa Jessica, vaciló unos segundos antes de formular la siguiente pregunta:

—¿Qué va a hacer con el caso de *miss* Ticher, teniente?

Lancaster hizo una mueca de desagrado.

—Oficialmente, el caso está cerrado para mí y mi departamento. No pretenderá que hable de brujas, de vudú, de magia… o de infiernos coronados… en mi informe de la encuesta, ¿verdad?

Donovan no contestó.

Siguió empujando a Jessica hacia su coche, subieron ambos, hicieron un ademán de despedida y se alejaron de allí.

Un par de minutos más tarde, preguntó:

—¿Cómo fuiste a casa de…?

Los bellos hombros de la muchacha se estremecieron.

—No… no lo sé. Vi a una muchacha rubia que entró en mi apartamento. —Se lo contó todo, y para terminar añadió—: Cuando abrí los ojos sólo pude ver lo mismo que viste tú. Es decir, aun ahora no sé cómo estoy aquí, ni por qué.

Y él no quiso mencionarle la nota que dejara en su apartamento, sobre la mesita de noche.

—¿Dónde me llevas?

Jessica lo preguntó unos minutos más tarde, al ver cómo la dirección que el coche llevaba no era la de su apartamento.

Donovan forzó una sonrisa.

—Creí que deseabas casarte conmigo.

Jessica abrió mucho los ojos.

—Richard…

—¿Sí?

—¿A esta hora?

—Conozco a un juez amigo mío… Pero si te parece, podemos dejarlo para dentro de unas horas, para cuando sea de día.

—¿Y perder esta oportunidad? Ni lo sueñes, querido.

Hablaban medio en serio, medio en broma; se casarían, iban a hacerlo antes del amanecer, pero lo cierto es que ambos, por separado, pensaban en *mistress* Marlowe y en la muñeca, la vengativa muñeca-azafata…, que ni su propia creadora pudo dominar, tal vez porque el destino intervino convirtiendo su cuerpo de trapo en la representación de la justicia…

FIN